

**SIN SALIDA
(DON JOAQUIN'S PRIDE)
LYNNE GRAHAM**

Capítulo 1

PERO yo no puedo hacerme pasar por ti... -murmuró Lucy, incrédula.

-¿Por qué no? -insistió Cindy-. Guatemala está al otro lado del mundo y Fidelio Páez nunca me ha visto. El no sabe que tengo una hermana gemela.

-Pero, ¿por qué no le escribes para decir que no puedes ir a visitarlo? -pregunto Lucy, intentando entender por que su hermana sugería tan absurda mascarada.

-Ojalá fuera tan sencillo.

-Vas a casarte dentro de un mes -le recordó Lucy-. En mi opinión, esa es muy buena excusa para decirle que no puedes ir.

-No lo entiendes. No fue Fidelio quien me escribió. Fue un vecino suyo, un metomentodo que se llama Joaquín del Castillo -explicó Cindy-. Exige que vaya allí y me quede durante un tiempo...

-¿Y quién es él para exigirte nada?

-El cree que como nuera de Fidelio, la única familia que le queda... bueno, que estoy obligada a visitarlo porque esta enfermo.

Mientras trabajaba en Los Angeles, Cindy había tenido un romance con el hijo de un rico hacendado guatemalteco. Pero su hermana había quedado viuda unos días después de casarse. Un hombre joven y aparentemente sano, Mario Paez había muerto de un infarto. En aquel momento, Guatemala sufría terribles inundaciones y el país estaba en estado de emergencia, con las comunicaciones cortadas. El padre de Mario no pudo acudir al funeral y Cindy había tenido que volver a Londres.

-No sabía que seguías en contacto con el padre de Mario -dijo Lucy, mirando a su hermana gemela con sus ojos color violeta.

Cindy se puso colorada.

-Pensé que seguir en contacto con el era lo mínimo que podía hacer. Y ahora que Fidelio está enfermo...

-¿Es grave?

-Muy grave por lo visto. ¿Cómo voy a decirle que no puedo ir a verlo porque voy a casarme otra vez? Le rompería el corazón -contestó su hermana. Lucy hizo una mueca. Su hermana tenía razón. Para Fidelio, aquello sería un cruel recordatorio de la trágica muerte de su hijo-. Ese hombre, el vecino, incluso me ha enviado los billetes de avión. Pero, aunque no estuviera a punto de casarme con Roger, tampoco iría confesó Cindy, nerviosa-. No soporto tener gente enferma alrededor. No lo aguanto. No serviría de nada que fuera a Guatemala.

-Ya -suspiró Lucy. Conocía bien a su hermana gemela. Cindy se había limitado a ayudarla económicamente cuando ella se vio obligada a dejar su trabajo para cuidar de su madre, inválida. Cindy les había comprado entonces un apartamento cerca del hospital que, tras la muerte de su madre, habían puesto a la venta.

-Pero tú podrías ayudar a Fidelio -insistió su hermana-. Fuiste una enfermera maravillosa para mamá.

-No estaría bien enganar a Fidelio. Creo que deberías hablarlo con Roger...

-¿Con Roger? ¡Yo no quiero que Roger sepa nada de esto! -exclamó Cindy-. Si Roger supiera cuánto dinero le debo a Fidelio seguramente cancelaría la boda... ¡y yo no podría soportarlo!

Lucy miro a su gemela, sorprendida.

-¿Le debes dinero a Fidelio Paez?

-Pues... la verdad es que durante estos años me ha estado enviando dinero -admitió Cindy, incómoda.

Lucy se quedó atónita.

-¿Por qué te ha enviado dinero?

-¿Y por qué no iba a hacerlo? Está forrado y cuando Mario murió, yo no tenía nada –explicó su hermana. Lucy estaba sorprendida por la revelación-. No todo ha sido fácil para mí, Lucy.

-Ya - murmuró ella.

-Roger no sabe nada de Fidelio y yo no quiero que sepa nada del dinero que me ha enviado porque... pensaría que soy una egoísta por no haber ido a visitarlo -le confió Cindy, con los ojos llenos de lágrimas-. Hay muchas cosas que Roger no sabe sobre mí. Pero he cambiado. Desde el año pasado no he vuelto a aceptar un céntimo de Fidelio y...

-No llores -intentó consolarla Lucy.

-Sé que te estoy pidiendo mucho, sobre todo cuando... le he mentido sobre ciertas cosas -siguió Cindy-. Pero necesito tu ayuda, Lucy. Tienes que ir a Guatemala por mí.

-Cindy, yo...

Su hermana la abrazó con lágrimas en los ojos y Lucy se emocionó. Cindy no solía ser tan cariñosa.

Tras el divorcio de sus padres habían estado quince años separadas y, por primera vez desde que eran niñas, Cindy le estaba pidiendo ayuda. La idea de que su elegante y sofisticada hermana la necesitase hacía que Lucy se sintiera orgullosa. Más discreta y reservada que su hermana gemela, Lucy se quedó desolada cuando Cindy desapareció de su vida. Aquel sentimiento de pérdida nunca se había borrado del todo y que ahora Cindy la necesitara era una forma de recuperar el pasado. Intentando olvidar que lo que iban a hacer no estaba bien, Lucy decidió ayudar a su hermana en todo lo que fuera posible.

-Está bien. Lo haré.

Cindy dio un paso atrás y miró a Lucy con el ojo crítico de una maquilladora, una mujer que se tomaba gran interés en su apariencia.

Irónicamente, pocas gemelas idénticas podrían ser tan diferentes. Lucy nunca se ponía maquillaje y se sujetaba la rizada melena rubia con una coleta. Llevaba vaqueros gastados, una camiseta de algodón y zapatos planos.

-El año pasado le envíe una fotografía mía a Fidelio y... bueno, ya me conoces, me puse de cine. ¡Voy a tener que trabajar mucho para convertirte en mí! -confesó Cindy con una sonrisa de culpabilidad.

Lucy miró a su hermana con expresión escéptica. Cindy vestía como una modelo y solía mostrar más de lo que escondía. Su larga melena rubia café por su espalda, peinada por el mejor peluquero de Londres y se maquillaba como una actriz. Todo en ella era perfecto, pensó Lucy metiendo estómago.

Un hombre vestido con un poncho entró en el bar y se acercó a los vaqueros que miraban a Lucy con la boca abierta. Con un vestido rosa de diseño y zapatos de tacón, la joven rubia era como una aparición en aquel remoto pueblo de Guatemala.

Cindy había insistido en que tenía que vestirse para impresionar a Fidelio, pero ella se sentía horriblemente incómoda. Además, los tacones la estaban destrozando.

Lucy había encontrado una nota en el hotel diciendo que irían a buscarla a un pueblo llamado Santa Angelita y sin deshacer la maleta, pidió un taxi. Una vez que salieron de la autopista, la carretera se había convertido en un camino de tierra. Aquella increíble jornada

Rena de polvo la había llevado hasta un grupo de edificios abandonados en medio de un valle situado bajo la sombra de lo que parecía un volcán y, según su guía, lo era. Exhausta y desesperada por un baño, Lucy miraba a aquellos hombres sin saber que hacer.

¿Y si Fidelio se daba cuenta de que no era Cindy? ¿Y si hacía o decía algo que la desenmascaraba? Pero no había tenido alternativa, pensó Lucy. La idea de que Fidelio Páez muriera sin tener a su lado un sólo familiar, por lejano que fuera, la llenaba de compasión.

Lucy levantó la mirada en ese momento. Un hombre muy alto que parecía salido de una película del oeste la miraba desde la puerta del bar. Intimidada, Lucy tragó saliva a intentó encoger su metro cincuenta un poco más.

Los hombres se quitaron el sombrero y un murmullo de respeto rompió el silencio. El hombre se acercó a ella con un ruido de espuelas.

-¿Lucinda Páez?

Lucy se quedó mirando el cinturón de cuero con una hebilla de plata. Después, sintiéndose diminuta al lado de aquel gigante, se puso en pie. Pero los tacones de diez centímetros no ayudaban mucho. Aquel hombre debía medir más de un metro noventa y ella no le llegaba ni a los hombros. Preguntándose si iba a necesitar un diccionario de español para entenderse con él, Lucy levantó la cara.

-¿Ha venido a buscarme? -preguntó-. No he oído el coche.

-Será porque he venido a caballo.

El fluído inglés del extraño la tomó por sorpresa. Lucy se echó a reír. Tenía que ser una broma. Nadie iba a buscar a otra persona a caballo en el siglo XX. Sobre todo, si esa persona llevaba maletas.

-¿Puede mostrarme alguna identificación?

-Soy Joaquín Francisco del Castillo y no estoy acostumbrado a que duden de mi identidad -contestó él, ofendido.

Lucy intentó no acobardarse.

-Y yo no estoy acostumbrada a irme con hombres que no conozco...

-Ya, clam. Por eso conozco a Mario en un bar y se fue a la cama con el esa misma noche. No creo que sea usted particularmente selectiva con los hombres -replicó él entonces.

Lucy se quedó paralizada. No podía creer que le hubiera dicho algo tan ofensivo a la cara.

-¿Cómo se atreve? -exclamó, poniéndose colorada-. ¡Eso no es verdad!

-Mario y yo crecimos juntos, así que esta perdiendo el tiempo. Guárdese el numerito para Fidelio. ¿Va a venir conmigo o piensa quedarse aquí?

-¡Yo no voy a ningún sitio con usted! Que manden a otra persona a buscarme...

-No hay nadie más, señora -la interrumpió el, dándose la vuelta. Lucy se quedó mirando aquella espalda increíble, como hipnotizada.

Los hombres empezaron a murmurar y Lucy se preguntó si alguno de ellos hablaba inglés y habría entendido la grosería de Joaquín del Castillo. Con la cara roja de vergüenza, Lucy tomó su maleta y salió del bar.

Joaquín del Castillo la estaba esperando en la puerta.

-Es usted el hombre más grosero y desagradable que he conocido en toda mi vida -le espetó-. Por favor, no vuelva a dirigirme la palabra a menos que sea absolutamente necesario.

-No puede llevar eso.

Antes de que Lucy pudiera replicar, el hombre le quitó la maleta de las manos.

-¿Qué está haciendo?

-Es un camino muy largo y quiero llegar antes de que se haga de noche. En el rancho no le va a hacer falta nada de esto -dijo Joaquín del Castillo-. Elija lo que necesite y lo colocare en la silla. El dueño del bar se quedara con la maleta hasta que vuelva.

-¿No lo dirá en serio?

-Fidelio ha vendido su camioneta, de modo que tenemos que ir a caballo.

-¿A caballo? -repitió Lucy, atónita.

-Dentro de un par de horas empezara a oscurecer. Le sugiero que entre en el bar y se ponga algo más apropiado.

-¿Fidelio había vendido su camioneta? Lucy no entendía nada. Cindy le había dicho que Fidelio Páez era un hombre muy rico.

-Pero yo no se montar a caballo...

El hombre se encogió de hombros y la miró de arriba abajo. El sol iluminó sus facciones entonces y Lucy pudo ver su cara por primera vez.

Y se quedó sin aliento. Joaquín del Castillo era el hombre más guapo que había visto en su vida. Tanto que no podía dejar de mirarlo.

Tenía los ojos de color verde claro, los pómulos altos, la nariz recta y una boca tan apasionada y tan perversa como un pecado. Era tan atractivo que Lucy se quedó clavada en el suelo.

Cuando sus ojos se encontraron, sintió un escalofrío y su corazón empezó a latir con violencia. Los ojos de Joaquín del Castillo eran verde esmeralda, verdes como el fuego. Un pensamiento completamente absurdo, desde luego, pero nada de lo que Lucy experimentaba en aquel momento tenía sentido.

Furiosa consigo misma, apartó la mirada. Debería estar eligiendo ropa de la maleta, no mirándolo como una adolescente atontada.

-No se montar a caballo -repitió. . -La yegua es muy tranquila -dijo el hombre, con aquel tono de voz ronco y suave como la seda.

A Lucy le temblaban las manos mientras elegía algo de ropa. Y él seguía mirándola con expresión irónica. Joaquín del Castillo parecía una estrella de cine, pero tenía las maneras de un asno. Seguramente se había criado en aquel lugar desértico, alejado del mundo y rodeado de vacas, se decía a sí misma. Lucy sacó unos vaqueros de diseño y una blusa bordada, lo único remotamente informal que Cindy había guardado en la maleta.

-No puedo cambiarme en público.

-No es usted tímida...¿por qué quiere aparentarlo? Dos meses después de la muerte de Mario, apareció enseñándolo todo en una revista.

Lucy cerró los ojos, horrorizada. Ella sabía muy poco sobre la vida de su hermana. Y aquel hombre horrible parecía divertirse ofendiéndola. ¿Cómo sabía tantas cosas sobre Cindy? ¿Realmente había aparecido desnuda en una revista? Lucy sabía que era demasiado gazmoña, pero no podía evitar sentir vergüenza por el comportamiento de su hermana gemela.

Aunque, en realidad, desnudarse delante de una cámara no era algo tan infame. Muchas actrices famosas lo hacían. ¿Cómo se atrevía aquel pueblerino a criticar a su hermana?

-Le he pedido que no me dirija la palabra a menos que sea absolutamente necesario -le recordó Lucy, intentando aparentar severidad.

Cuando salió del servicio vestida con los vaqueros y la blusa, Joaquín del Castillo la hizo objeto de un largo y lento escrutinio al que ella no estaba en absoluto acostumbrada. Los vaqueros eran muy ajustados y la blusa demasiado escotada, pero no había encontrado nada mejor.

El silencio se alargó durante lo que a Lucy le pareció una eternidad. Bajo la mirada intensa del hombre, se sentía consciente de su cuerpo como nunca lo había sido antes. Era como si él la estuviera acariciando con aquellos increíbles ojos verdes. Y eso la ponía muy nerviosa.

-¿Dónde está mi maleta? -preguntó. Sin molestarse en contestar, Joaquín del Castillo colocó un maloliente poncho sobre sus hombros. ¿Que pache?

Ajeno a su reacción, Joaquín le colocó un sombrero de paja sobre la cabeza.

-Hay que tener cuidado con el sol.

-¿Dónde esta mi maleta? -insistió ella.

-He colocado algunas de sus cosas en la silla. Vamos, no tenemos tiempo que perder.

-¿Ha sacado las cosas de mi maleta? -preguntó Lucy, incrédula. No podía imaginar que aquel hombre había estado tocando sus braguitas y sujetadores...

-Vamos -insistió él, impaciente-. Ponga el pie izquierdo en el estribo y salte sobre la silla.

Lucy apretó los dientes al oír risas detrás de ella. Afortunadamente, se había puesto unas cómodas zapatillas de deporte y decidida, colocó un pie en el estribo. Pero la yegua se movió y Lucy cayó al suelo.

Joaquín del Castillo la levantó de un tirón.

-¿Quiere que la ayude, señora? -preguntó, irónico.

Lucy se soltó de un tirón.

-¡Hubiera podido subir si ese maldito caballo no se hubiera movido! -exclamó, irritada. Aunque no estaba acostumbrada a gritarle a nadie, aquel hombre la ponía de los nervios-. Y lo haré sin su ayuda aunque me mate... así que quedese ahí detrás riéndose con sus amigotes.

-Como usted diga... pero no me gustaría que se hiciera daño -replicó él, sin mover un músculo.

-¡Apártese! -gritó Lucy, sorprendiéndose a sí misma. Sentía tal rabia que habría podido montar sobre un elefante. Segundos después, estaba montada sobre el animal.

-Voy a atar una rienda de paseo a la yegua -murmuró Joaquín del Castillo, sin mirarla.

Aquel tipo parecía un aristócrata dándole órdenes a su criado, pensó Lucy cada vez mas furiosa. Unos segundos después, el animal que había debajo de ella empezó a moverse, inquieto.

-El caballo se está moviendo...

-Es una yegua -la interrumpió él-. Chica se pone nerviosa cuando la monta alguien que no conoce. Pero no va a pasarle nada, no se asuste.

Lucy lo observó mientras ataba la yegua a un semental negro que movía las pezuñas como un toro.

-Espero que pueda controlar a ese monstruo...

-No es un monstruo, señora -murmuró el entre dientes.

Joaquín del Castillo era un tipo de hombre desconocido para Lucy. Un hombre temperamental y machista. Y orgulloso de serlo. No parecía haber en el ninguna debilidad.

¿Pero por qué era tan grosero con ella? Después de todo, Lucy había ido a visitar a Fidelio, como el quería. Y, lo supiera o no, debía alegrarse de que ella no fuera Cindy. Su hermana ya estaría de vuelta en el aeropuerto. Cindy, acostumbrada a la admiración masculina, no habría soportado ni un segundo a aquel hombre.

Irónicamente, su hermana le había dicho que la tratarían como a una princesa. Fidelio Páez era un caballero a la antigua usanza, pero Joaquín del Castillo no parecía saber nada sobre la galantería latina. Evidentemente veía a Cindy como una oportunista sólo porque se había acostado con Mario la primera noche. ¿Como se atrevía a juzgarla tan duramente?

-¿Cómo está Fidelio? -preguntó Lucy entonces.

Joaquín la miró muy serio.

-¿Por fin se ha acordado de él? -preguntó.

Lucy se puso colorada-. Está tan bien como cabe esperar en sus circunstancias.

Joaquín subió a su caballo de un salto. Se movía como si formara parte del semental, mientras Lucy estaba tan tensa que le dolían todos los músculos.

-¡No vaya tan rápido! -gritó cuando los caballos empezaron a galopar.

-¿Qué pasa?

-Si me rompo una pierna, no le serviré de nada a Fidelio.

-Pronto se hará de noche y...

-Me estoy asfixiando con este poncho -lo interrumpió ella, agobiada.

-Siento mucho que esta forma de viajar no sea de su gusto, señora.

-Llámeme Lucy. Llámarme «señora» con tan mala educación es ridículo -le espetó ella, furiosa. Joaquín del Castillo la miró como si quisiera matarla-. Sé que no le gusto y no soporto la hipocresía.

-Se llama Cindy, ¿por qué voy a llamarla Lucy? -preguntó él entonces.

Lucy apartó la mirada, molesta por su propio despiste. Afortunadamente, sus padres las habían llamado Lucinda y Lucille.

-La mayoría de la gente me llama Lucy.

-Lucinda -pronunció el lentamente, antes que clavar los talones en el semental.

Lucy intentó no caerse de la yegua mientras. Seguían galopando por aquel camino polvoriento.

El paisaje era irreal. El cielo y la hierba... y el calor, como un ente físico golpeándola sin remordimientos. No había casas, ni gente, ni siquiera el ganado que había esperado. Cuando vio una colina con palmeras, estuvo a punto de lanzar el sombrero al aire. Pero no le quedaba energía. Ni siquiera sabía la hora que era, pero apartarse el poncho y levantar el brazo le parecía un esfuerzo imposible.

-Necesito beber algo -dijo por fin, con la boca seca.

-Hay una cantimplora colgada en su silla dijo Joaquín, sin mirarla-. Pero no beba demasiado o se pondrá enferma.

-Tendrá que, darme la usted. Si miro hacia abajo, me mareo.

Joaquín del Castillo obligo a su caballo a cruzarse con la yegua para que se detuviera y, con una habilidad que la dejó sorprendida, saltó del semental y desató la cantimplora con una mano.

-Una vez vi a un cosaco hacer eso en el circo.

-Yo no aprendí a montar en un circo, señora -replicó él, ofendido.

-Era un cumplido -murmuro Lucy, antes de llevarse la cantimplora a la boca.

-Ya es suficiente.

Lucy le devolvió la cantimplora y se seco los labios con una mano temblorosa. En realidad, le temblaba todo el cuerpo y estaba muy pálida.

Con una imprecación en español, Joaquín del Castillo la tomó por la cintura.

-¿Pero que haré...?

-Irá conmigo -dijo él, colocándola sobre el semental y saltando después sobre la silla con tal rapidez que Lucy no pudo protestar. Cuando intentó apartarse de aquel cuerpo duro y musculoso, el la sujetó apretándola contra su pecho con fuerza-. No se mueva -ordenó, impaciente.

Lucy intentaba respirar con normalidad, pero le resultaba imposible. Se le había quedado la boca seca. Joaquín del Castillo olía a cuero, a caballo y... a hombre. Lucy sintió un calor extraño en el vientre, un calor que la hacía sentir extrañamente relajada y sumisa. Las suaves cumbres de sus pechos se habían endurecido al contacto con el torso masculino y la dejaba atónita comprobar que, sin que ella pudiera evitarlo, su cuerpo respondía a la sexualidad que emanaba Joaquín del Castillo.

-Me aprieta demasiado -murmuró, intentando apartar las manos del hombre.

-No se preocupe -dijo él-. No me gustan las mujeres con el pelo teñido.

-¿Yo no llevo el pelo teñido! -protestó Lucy-. Es usted el hombre más desagradable que he conocido nunca. Estoy deseando perderlo de vista. ¿Cuándo llegaremos al rancho de Fidelio?

-Mañana...

-¿Mañana? -lo interrumpió ella, incrédula. -Acamparemos dentro de una hora para pasar la noche.

Lucy no tenía intención de pasar la noche al aire libre y menos con aquel hombre.

-Pero yo pensé que llegaríamos enseguida.

-Se está haciendo de noche, señora.

-No tenía ni idea de que el rancho estuviera tan lejos -murmuró ella, angustiada.

Siguieron galopando en silencio durante una hora y lentamente el sol empezó a desaparecer en el horizonte. Lucy estaba exhausta. Cuando Joaquín la tomó en brazos para bajarla del caballo, le temblaban las piernas.

El mes anterior había estado en la cama con gripe y se encontraba fatal. Ni a ella ni a Cindy se les había ocurrido pensar que el rancho de Fidelio estuviera en un lugar tan remoto.

Alejada de la gran ciudad, se sentía muy vulnerable. Cindy había viajado por todo el mundo, pero aquel era el primer viaje de Lucy.

Joaquín llevó los caballos al río y ella se dejó caer al suelo. Le temblaban tanto las piernas que no podía sostenerse.

-Supongo que tendrá hambre -dijo el unos segundos después, ofreciéndole una manta.

Lucy negó con la cabeza y lentamente, como un juguete que se queda sin pilas, se tumbó sobre la hierba.

Joaquín del Castillo extendió la manta y la tumbó sobre ella con delicadeza. Era un hombre contradictorio. Recortado contra el horizonte, parecía una sombra amenazadora.

-Parece el demonio -murmuró ella, medio dormida.

-No voy a quedarme con su alma, señora... pero tengo intención de quitarle todo lo demás.

El cerebro de Lucy no registró aquellas palabras. Estaba demasiado cansada.

Capítulo 2

LUCY abrió los ojos lentamente. A su lado, crepitaba, una hoguera y podía ver la silueta de Joaquín del Castillo recortada a la luz de la luna.

Lucy se sentó de golpe al escuchar un sonido aterrador, una especie de grito inhumano.

-¿Qué ha sido eso?

-Un jaguar. Cazan de noche.

Ella se acercó un poco más al fuego, temblando. Joaquín le dio una taza de café que Lucy tomó con manos temblorosas.

-¿A qué hora llegaremos al rancho de Fidelio?

A la luz de la hoguera, las facciones de Joaquín eran aún más atractivas.

-Temprano.

-Supongo que si yo hubiera sabido montar a caballo, ya habríamos llegado -dijo Lucy, intentando hacer las paces con él. Quizá Joaquín del Castillo la despreciaba, pero había sido él quien envió los billetes de avión. No parecía un hombre rico, pero aquel había sido un gesto generoso. Sin duda, Fidelio tenía un vecino amable y considerado que se preocupaba mucho por él. Podía odiarlo y podían dolerle todos los huesos del cuerpo, pero los motivos por los que prácticamente le había exigido a Cindy que fuera a visitar a su suegro eran respetables.

Joaquín le pasó un trozo de pan con queso que Lucy comió con sorprendente apetito.

Después de comer, sintió que el silencio pesaba sobre ella.

-Quizá podría hablarme de Fidelio -dijo, con una sonrisa de ánimo.

-Entenderá la situación cuando lleguemos a su casa -murmuró él, sin mirarla.

Era de noche y estaba a solas con un extraño en un país que no conocía, pero Lucy se decía a sí misma que no debía tener miedo.

Su madre la había educado advirtiéndola constantemente contra los hombres. Lucy tenía siete años cuando su padre conoció a una mujer más joven y pidió el divorcio. Su madre cambió por completo desde entonces. Se había vuelto una mujer amargada y rencorosa. Cindy se había ido a vivir con su padre y ella se quedó con su madre. Al final, Peter y Jean Fabián habían dividido a las niñas como habían repartido todo lo demás.

Cindy se había ido a vivir a Escocia, donde su padre había abierto un negocio. Les habían prometido que se visitarían a menudo, pero no fue así. Y, amargada a causa de la desertión de su marido por una mujer más joven, Jean Fabián se había aferrado a la hija que le quedaba de forma exageradamente protectora. Un romance posterior en el que su madre volvió a ser traicionada había hecho que odiase a los hombres. Y la adolescencia de Lucy fue envenenada por aquel odio. Las prohibiciones de todo tipo habían impedido que pudiera salir con sus amigos.

Cuando cumplió una edad en la que podría haber exigido libertad, su madre se había puesto enferma y Lucy iba del trabajo a casa y de casa al trabajo. Cuando intentaba salir en alguna ocasión, tenía que enfrentarse con llantos histéricos y amenazas de suicidio.

Pero su hermana había sufrido mucho más viviendo con su padre. Su madre al menos la había querido. Pero cuando el negocio de su padre falló y su novia lo abandonó, Peter Fabián se había convertido en un alcohólico, siempre con deudas e incapaz de conservar un puesto de trabajo. Su hermana lo había pasado muy mal.

Envolviéndose en la manta, Lucy volvió a tumbarse y se quedó mirando las estrellas. Podría soportar el frío antagonismo de Joaquín del Castillo durante unas horas. Daba igual, se decía.

Ella estaba allí para ver a Fidelio y en lugar de sentirse amenazada por lo diferente y extraño de Guatemala, debería estar aprovechando la oportunidad de disfrutar lo que pudiera de la experiencia.

Le dolían todos los músculos del cuerpo cuando intentó levantarse a la mañana siguiente. Y el duro suelo no había hecho nada para aliviar las agujetas. Dolorida por todas partes, Lucy aceptó la cantimplora de agua que Joaquín le ofrecía y se acercó al riachuelo para arreglarse un poco.

Apenas podía caminar y, temblando violentamente, se cubrió con el poncho.

Joaquín le dio una taza de café y un trozo de pan con queso. El comió de pie, con los movimientos rápidos de un hombre que tiene prisa.

Cuando Joaquín la subió sobre la yegua, Lucy se dijo a sí misma que solo le quedaban un par de horas, pero el camino se convirtió en una tortura.

-¿Por qué nos hemos parado? -preguntó cuando la yegua se paró inesperadamente.

Joaquín la bajó de la silla y, durante unos segundos, estuvo en contacto con aquel soberbio cuerpo masculino. Cuando la dejaba en el suelo; sus pechos rozaron el torso de Joaquín y sus pezones se endurecieron. Lucy tuvo que ahogar un suspiro.

El la obligó a darse la vuelta y Lucy abrió los ojos como platos. Frente a ella había una casucha hecha de adobe. Una verja de madera rota por todas partes acentuaba el aire de pobreza y abandono.

-¿Dónde estamos? -preguntó, atónita.

-Este es el rancho de Fidelio, señora -contestó Joaquín del Castillo, mirándola con frialdad-. Espero que disfrute de su estancia.

-¿Esto... esto es el rancho de Fidelio? -preguntó Lucy, incrédula.

-Supongo que habría esperado algo mucho más lujoso -contestó él. Lucy se sintió avergonzada. El pobre anciano había debido perder su fortuna en los últimos cinco años y estaba atravesando un mal momento. Su compasivo corazón sangraba por el y entendía por que Joaquín del Castillo había insistido en que Cindy fuera a visitarlo-. Esta humilde casa es una sorpresa para usted, ¿verdad? Los dos sabemos que no se habría molestado en hacer este viaje si no hubiera imaginado que merecería la pena venir a visitar a un moribundo

-dijo entonces Joaquín con aspereza.

Confundida, Lucy miró a su autoritario y sombrío compañero.

-¿De qué está hablando? Quiero ver a Fidelio...

Joaquín soltó una carcajada.

-Afortunadamente para él, Fidelio no está ahí dentro.

-¿Quiere decir que está en el hospital?

-Sólo los enfermos van al hospital y Fidelio no está enfermo.

Un hombre de piel oscura apareció entonces por detrás de la casa.

-¿Quién es ese hombre?

-Mateo trabaja para mí -contestó Joaquín, saludando a su empleado. Los dos hombres intercambiaron unas palabras y después Mateo desapareció sin ni siquiera mirar a Lucy-. Fidelio no está en su lecho de muerte -dijo entonces Joaquín, abriendo la puerta de la casucha-. Está trabajando a muchos kilómetros de aquí y no tiene ni idea de que usted ha venido a Guatemala.

-No lo entiendo...

-Ya imagino -la interrumpió Joaquín, haciendo un gesto para que entrase en la casa, cuyo interior contenía un par de muebles decrepitos-. Pensaba que iba a enriquecerse a expensas de Fidelio, ¿no es así?

-No sé de que está hablando -protestó Lucy.

-Entonces escuche y se enterará. Fue decisión mía traerla aquí y aquí se quedará hasta que decida que puede marcharse.

Lucy se dejó caer sobre una silla de madera, perpleja.

-Fidelio no está en su casa. No está enfermo... y usted dice que piensa retenerme aquí. Creo que no he entendido bien...

-Lo ha entendido perfectamente. Pero supongo que no puede creer que se ha quedado sin la gallina de los huevos de oro -la interrumpió él-. Y que, aunque sus patéticas cartas pidiendo dinero podían ablandar el corazón de Fidelio, el mío no se ablanda tan fácilmente.

-¿Cartas pidiendo dinero? -repitió Lucy, confusa.

Con una mirada de desprecio, Joaquín del Castillo levantó una caja de madera que reposaba sobre la chimenea.

-Sus cartas, señora. En cada una de ellas habla de su pobreza, su desesperada necesidad de ayuda económica...

Como si estuviera viviendo una pesadilla, Lucy alargó la mano y sacó un sobre de la caja, reconociendo inmediatamente la letra de su hermana. Pobreza... necesidad de ayuda económica... ¿Cindy? Cindy, que había heredado el dinero del seguro de vida de su padre?

¿Cindy, que gastaba como si fuera millonaria y sólo compraba ropa de diseño?

-Y mientras tanto, usted vivía rodeada de lujos -añadió Joaquín del Castillo con tono de condena.

-¿Cómo sabe eso?

-He hecho algunas averiguaciones en Londres. Sé que tiene un carísimo apartamento y que suele viajar a menudo. Ha disfrutado de una vida de lujo a expensas de Fidelio. ¡Se ha aprovechado del buen corazón y la credulidad de un anciano y en cinco años lo ha dejado arruinado!

-Dios mío... -murmuró Lucy, entendiendo por fin.

-Sus constantes demandas de dinero lo han dejado en la ruina. Antes de que usted apareciera en su vida, Fidelio tenía dinero suficiente para arreglar esta casa y disfrutar de un retiro agradable, pero ahora, a su edad, se ha visto obligado a seguir trabajando para poder sobrevivir.

-Creí que Fidelio era un hombre rico.

-¿Como podía pensar que un capataz era rico, señora? -preguntó Joaquín, incrédulo.

-¿Un capataz? Me parece que ha habido un malentendido -murmuró Lucy, horrorizada.

Joaquín se inclinó sobre ella, haciendo que Lucy se sintiera prisionera.

-No se haga la tonta conmigo -dijo, amenazándola con sus fríos ojos verdes-. No ha habido ningún malentendido y usted no va a salir de aquí...

-¿Qué no voy a salir de aquí? ¿Me está amenazando?

-Hasta que firme un documento en el que se comprometa a devolverle a Fidelio todo lo que le ha robado, no saldrá de aquí -la informó Joaquín del Castillo-. Pero no se asuste, no voy a hacerle daño. No me mancharía las manos con usted.

-¿Se supone que eso debe tranquilizarme?

Lucy estaba tan asustada que no podía pensar con claridad. Por un lado, se apartaba de él como una doncella victoriana y por otro no podía dejar de mirar aquellos extraordinarios ojos verdes, maravillada de su belleza.

-¿Cree que le haría daño? Yo soy un Del Castillo, señora, nunca maltrataría a una mujer -dijo él con los ojos de color jade clavados en ella. Toda esa pasión, ese fuego, escondidos durante el viaje. Era lógico que Joaquín del Castillo no hubiera abierto la boca. Sus esfuerzos para disimular debían haber sido como una mordaza. El hombre volvió a incorporarse, con las facciones rígidas-. Mateo estará cerca para asegurarse de que no le ocurre nada. Y le aconsejo que no intente escapar. Este es un lugar muy peligroso para alguien que no lo conoce.

-No puede obligarme a permanecer aquí protestó Lucy.

Joaquín del Castillo sacó un papel del bolsillo y lo puso frente a ella.

-Si firma esto, podra marcharse inmediatamente.

Lucy tomó el documento que, afortunadamente, estaba escrito en su idioma. Era un documento legal en el que se mencionaba una enorme suma de dinero que, supuestamente, Cindy debía devolverle a Fidelio. Según el documento, su hermana había recibido dinero de Fidelio Páez durante los últimos cinco años. Y el documento la obligaba a devolverlo inmediatamente.

Lucy se sintió desfallecer. Lo creyera o no aquel monstruo, aquello era un malentendido. Cindy había creído que su suegro era rico y si le había pedido dinero era porque creia sinceramente que Fidelio podía enviárselo.

Fidelio Páez tenía setenta anos. Con el salario de un capataz, debía haber tardado toda su vida en reunir aquella cantidad. Pero el dinero se habia evaporado y con él, la tranquilidad del anciano. ¿Cómo iban a devolverle esa enorme suma de dinero?

El apartamento que Cindy había comprado para Lucy y su madre estaba en venta, recordó entonces. Pero aunque lo vendieran inmediatamente, eso ni siquiera cubriría la mitad de la deuda.

<Ya sé que gasto demasiado>, solia decir su hermana. <Roger se enfada mucho conmigo, pero es que el ha tenido una vida muy fácil. No tiene ni idea de lo que era vivir con papá. Roger nunca tuvo que pedir dinero prestado para comprar comida porque su padre se lo gastara en alcohol>.

El recuerdo de aquella conversación era como un dedo acusador. Lucy no había tenido que sufrir a su padre, enloquecido por el alcohol, y siempre habia vivido protegida por su madre.

-¿Va a firmar, señora? -la retó Joaquín del Castillo.

Lucy empezó a temblar. Se sentía tentada de decirle que estaba reteniendo a la hermana equivocada. Pero sabía que no podía hacerlo. La confesión de su verdadera identidad lo pondría aún más furioso. Y Lucy se había dado cuenta de que Joaquín del Castillo no era un simple empleado.

El documento que tenía en la mano había sido redactado por un importante bufete de Londres y Joaquín había hecho averiguaciones sobre su hermana, seguramente a través de una agencia de detectives. Todo eso costaba mucho dinero. Además, llevaba un Rolex, uno de los relojes más caros del mercado y los hombres del bar se habían quitado el sombrero como sepal de respeto.

-¿Quién es usted? -preguntó, asustada.

-Ya sabe quien soy, señora.

-Lo único que se de usted es su nombre.

-No tiene que saber nada más -dijo Joaquín con desdén-. ¿Va a firmar el documento o no?

Lucy levantó la barbilla.

-No pienso firmar nada hasta que deje de presionarme.

-Muy bien. Ya veremos que dice dentro de una semana -dijo el entonces.

-¿La semana que viene? Supongo que lo dirá de broma.

-¿Por qué iba a ser una broma?

-¡No puede dejarme aquí una semana!

-¿Por qué no?

-Porque no quiero estar aquí y usted no tiene ningún derecho a retenerme contra mi voluntad...¡Podría llamar a la policia! -exclamó Lucy, levantándose de la silla con las rodillas temblorosas.

-¿Y de qué va a acusarme, señora? -preguntó Joaquín del Castillo, irónico-. Ni siquiera esta en mis tierras. Ha venido a Guatemala por deseo propio y esta viviendo en la casa de su suegro. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Lucy lo miró, desesperada. Lo tenía todo planeado.

-Yo no podría volver a Santa Angelita sin su ayuda.

Joaquín se encogió de hombros.

-Y no volverá a menos que firme el documento. Por cierto, no pierda el tiempo intentando sobornar a Mateo. No habla su idioma y, como todos los amigos de Fidelio, esta asqueado por lo que le ha hecho.

Lucy dio un paso adelante, temblando.

-No puedo firmar el documento... No tengo ese dinero. Tiene que haber alguna otra forma de solucionar esta situación...

Joaquín del Castillo clavó en ella sus ojos verdes y Lucy se quedó sin aliento. De repente, sentía como si un centenar de mariposas se agitaran dentro de su estómago. Se sentía paralizada por una extraordinaria excitación.

-¿Otra forma? Supongo que se refiere a la única que conoce -replicó el con voz ronca-. El sexo es su moneda de cambio y veo que no sería un castigo para usted tumbarse debajo de mí.

-¿Qué...? -empezó a decir Lucy, incrédula y ofendida.

-Ese aire de inocencia y fragilidad es muy convincente... o lo sería si no supiera que ha sido la amante de dos hombres casados.

-¿Cómo... se atreve? -exclamó Lucy, con las mejillas encendidas.

-Qué fácil debió resultarle hacer creer a Mario que era el amor de su vida.

Cindy había adorado a Mario Páez y se había sentido desolada tras su muerte. Furiosa, Lucy levantó la mano para golpearlo, pero él la sujetó por las muñecas y la levantó del suelo como si fuera una pluma.

-¡Suélteme, suélteme... canalla! -exclamó, a punto de llorar.

-Hay algo muy excitante en su aparente fragilidad -dijo Joaquín del Castillo, sin piedad-. Parece una muñeca, pero tiene el temperamento de una fiera...

-¡Suélteme, canalla!

-Ahora veo a la auténtica mujer -rió él, mirándola de arriba abajo, con una cruda sexualidad que no se molestaba en disimular-. Y menuda tigresa debe ser entre las sábanas.

Lucy parpadeó, sin habla. Nunca un hombre le había hablado de esa forma. Se sentía mas confusa que insultada por la imagen que Joaquín del Castillo tenía de ella. Cuando volvió a mirarlo a los ojos, se dio cuenta de que parecía un animal a punto de saltar sobre su presa.

-No...

-La palabra que debe usar conmigo es <sí> y me gustaría oírla -la interrumpió él con voz ronca; una voz que parecía recorrer su espina dorsal como una caricia. Entonces, Joaquín del Castillo la atrajo hacia sí, sujetando sus manos a la espalda-. Diga que sí.

Una extraña sensación empezó a despertarse en la pelvis de Lucy, impidiéndola concentrarse.

-No...

-Sí... -insistió Joaquín, aplastando sus pechos contra su musculoso torso-. Lo diré porque yo se lo pido.

-Porque usted me lo pide... -repitió Lucy. Su corazón latía con tanta fuerza que tenía miedo de sufrir un infarto. El la soltó entonces y, como impulsada por una fuerza desconocida, Lucy puso una mano por su cara.

Joaquín inclinó la cabeza para capturar un dedo entre sus labios y Lucy lo observó, fascinada. Y se volvió loca cuando el empezó a chupar el dedo suavemente. Como un helado sobre una estufa, podía sentir su carne deritiéndose en una dulce agonía de deseo, tan nuevo para ella que la abrumaba.

-Sí... -dijo Joaquín levantando su arrogante cabeza.

-Sí... -murmuró Lucy, sin saber lo que estaba diciendo, completamente borracha de él.

Joaquín tomó sus labios entreabiertos con los suyos y fue como si una ola gigante la envolviera. Lucy siempre había sonado con experimentar algo como aquello. La hambrienta boca de Joaquín del Castillo era una revelación. La pasión que sentía la controlaba por completo. Aunque necesitaba respirar, no podía apartarse de él ni un centímetro.

-La cara de un ángel de Boticelli, el cerebro de una calculadora y el apetito sexual de una cualquiera -dijo Joaquín entonces, apartándola de sí-. Me gustaría tirarla al suelo y tomarla aquí mismo... usarla como usted usó a Mario. Pero creo que puedo resistir la tentación -añadió, con desdén. Lucy apenas podía oír lo que decía. Sorprendida por su propia reacción con aquel extraño, un extraño que la despreciaba profundamente, dio un paso atrás-. Ese gesto patético tampoco va a servir de nada.

Lucy se dio cuenta entonces de que él estaba excitado. Mucho. Podía ver la excitación marcada claramente bajo sus vaqueros. Y, de repente, se sentía inmensamente aliviada de que las cosas no hubieran llegado más lejos... Su madre le había advertido muchas veces sobre la brutalidad los hombres.

-Me siento enferma... -murmuró, temblorosa.

-No va a engañarme -dijo Joaquín, sin piedad-. Pretendo que sufra las privaciones que Fidelio tendrá que sufrir cuando no pueda seguir trabajando.

Lucy no se encontraba bien. Eso era lo que le pasaba. De hecho, se sentía como si tuviera la gripe de nuevo. ¿Había imaginado el beso de Joaquín del Castillo? ¿Cómo podía haberla besado? Era imposible.

-Los hombres son animales -murmuró, sin saber que lo estaba diciendo-... Usted es un buen ejemplo. Debería haber escuchado a mi madre...

-¿Qué dice?

Lucy se pasó una mano por el pelo, incapaz de concentrarse, incapaz de mantenerse en pie.

-Me siento... mal.

Las botas de Joaquín del Castillo aparecieron ante sus ojos un segundo después.

-No voy a dejarme engañar por ese teatro, señora.

Lucy intentó decir algo, pero la habitación empezó a dar vueltas. Un segundo después, se había desmayado.

Capítulo 3

LUCY se movió un poco, pero antes de abrir *los ojos* se vio asaltada por unas poderosas imágenes.

Joaquín mirándola, con aquellos fabulosos *ojos* verdes. Joaquín murmurando palabras suaves mientras ella se revolvía, ardiendo de fiebre. Joaquín riendo. Tan confusas eran esas imágenes que pensó que había sido un sueño.

Cuando abrió los *ojos*, descubrió que no había soñado el increíble dormitorio en el que estaba sufriendo su segundo ataque de gripe. El sol de la tarde iluminaba antigüedades y hermosos cuadros en las paredes. Era una habitación elegante e increíblemente lujosa. Lucy acarició el encaje de las sábanas que la cubrían, pensando en Joaquín del Castillo. ¿Sería aquella su casa? Si lo era, debía ser un hombre muy rico.

A pesar de sus esfuerzos, había llegado a los veintidós años sin un sólo momento de tentación. Y el hombre más odioso de Guatemala que, desgraciadamente, poseía un rostro y unas técnicas de seducción admirables, se había aprovechado de ella. Lucy tembló recordando los brazos del hombre, la forma en la que había chupado su dedo...

Tenía que llamar a Cindy, pero no había teléfono en la habitación.

Lucy saltó de la cama con las piernas temblorosas y entró en el cuarto de baño para darse una ducha. Después, estudió su imagen en el espejo y suspiró al comprobar que estaba demacrada. Llevaba un camisón de seda color verde menta. Era precioso, como todo lo que había llevado a Guatemala de su hermana. La tela moldeaba cada una

de sus curvas y era bien diferente de las camisetas de algodón que ella solía usar para dormitorio.

El esfuerzo de ducharse y lavarse el pelo la había dejado agotada de nuevo. Lucy se dirigió hacia la ventana del dormitorio y al ver el paisaje, su corazón se encogió. Frente a ella, colinas cubiertas de hierba y un hermoso paisaje tropical. Aquello no tenía nada que ver con la casucha de Fidelio Pérez. ¿Dónde estaba entonces?

-Bienvenida al sitio más aburrido de la tierra -escuchó una voz femenina tras ella. Lucy se dio la vuelta tan rápido que casi se mareó. En la puerta, una chica morena la miraba sonriente. Era muy guapa y parecía ir vestida para una fiesta-. La Hacienda de Oro. El sumo de los arqueólogos, pero el ataúd para una chica como yo.

-¿Cómo?

-Soy Yolanda del Castillo, la hermana de Joaquín. ¿Te gusta mi vestido?

Lucy asintió. La joven parecía una modelo. O una de esas chicas de la alta sociedad que solían salir en los periódicos. Una existencia tan diferente de la suya que Lucy sólo podía mirar a Yolanda del Castillo como si fuera una aparición.

-Hablas muy bien inglés.

-¿Dónde crees que me educaron? -rió la joven.

Seguramente en un colegio inglés, pensó Lucy. Como todas las niñas ricas del mundo.

-¿Dónde estoy?

-En Peten.

-¿Y cómo he llegado aquí?

-Joaquín te trajo en avioneta.

-¿En avioneta? -preguntó Lucy, incrédula.

-No sabes quien es mi hermano, ¿verdad? -suspiró Yolanda, mirando al techo con gesto dramático-. Espera un momento...

-Yolanda... ¿puedo usar el teléfono? -preguntó Lucy antes de que la joven desapareciera.

-No sé por que no tienes uno al lado de la cama. Puede que seas una buscavidas, pero quitarte el teléfono es una canallada. Yo me moriría sin teléfono.

Lucy se quedó pálida.

-¿Ya sabes...? Quiero decir...

Yolanda se encogió de hombros.

-Me han contado lo que hiciste. Y es horrible. Fidelio es un hombre encantador.

-Pero...

Avergonzada, Lucy se dejó caer sobre la cama. Unos minutos después, Yolanda reapareció con una revista.

-Fidelio Páez empezó a trabajar para mi familia cuando tenía quince años -dijo la joven-. Incluso le hicimos una fiesta cuando se jubiló. Imagina como nos sentimos al enterarnos de que estaba trabajando para un vecino porque le daba vergüenza decirle a Joaquín que necesitaba dinero.

-Y entonces Fidelio le contó a tu hermano lo que había pasado con sus ahorros -murmuró Lucy.

-No. Fidelio no sabe que lo le engañaste para quedarte con su dinero. Joaquín tuvo que contratar un detective -explicó Yolanda. Lucy dejó caer la cabeza, derrotada-. Y ya que hablamos de mi hermano, por favor deja de ponerte en evidencia -añadió. Lucy levanto la cabeza, con los ojos como platos-. Por tu forma de comportarte, creí que eras la amante de mi hermano.

-¿Su... amante?

-Todas las amantes de Joaquín son extranjeras, como tú. Las chicas guatemaltecas no se acuestan con un hombre sin casarse con él -dijo Yolanda con aire de superioridad.

-¿Por qué iba a ser su amante? -pregunto Lucy, harta de tanta crítica.

-Porque no dejabas de murmurar que tenía unos ojos preciosos y le pedias que lo besara... ¡por favor, qué corte! -dijo Yolanda. Lucy tuvo que apartar la mirada. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y no sabía por que-. La verdad es que a mí no me pareces una buscavidas.

Lucy se mordió los labios.

-Es que he estado enferma...

-Déjate de rollos. Estás loca por mi hermano -replicó la joven-. Y estás metida en un buen lío, Lucy.

-Después de eso, Yolanda salió de la habitación. Respirando profundamente, Lucy tomó la revista. Se sentía terriblemente humillada. Evidentemente, mientras tenía fiebre había estado sufriendo alucinaciones.

En la portada de la revista había una fotografía de Joaquín saliendo de un descapotable con una rubia preciosa. Era una revista americana dedicada a la vida de los ricos y famosos. La vida de los muy ricos, en realidad.

Joaquín del Castillo era el propietario de un montón de mansiones por todo el mundo. Había fotografías de varias casas rodeadas de altos muros y puertas de seguridad. Con el corazón acelerado, Lucy empezó a leer el artículo. Joaquín era descrito como “un hacendado multimillonario” y un “playboy reformado” que pasaba la mayoría de su tiempo dedicado a sus negocios. Tenía treinta años, era soltero y cambiaba de mujer como de camisa.

Lucy cerró la revista, asustada. Cindy se había buscado un enemigo muy peligroso.

-¿Lucy...? -sin abrir los ojos, Lucy sabía que quien hablaba era Joaquín del Castillo porque nadie había conseguido nunca hacer que su nombre sonara tan excitante. Aquel acento tan singular, tan masculino, había poblado sus sueños durante varios días-. Despierta, Lucy. Lucy miró al hombre que estaba al pie de su cama. Estaba anocheciendo, pero incluso sin luz sus fabulosos ojos verdes brillaban como joyas. Que Joaquín fuera espectacularmente guapo no debería seguir siendo una sorpresa, pero lo era.

Con un suspiro, Lucy se estiró, intentando no mirarlo. Pero entonces se dio cuenta de que la curva de sus pechos se marcaba claramente bajo el camisón de seda y tiró de la sábana para cubrirse.

Joaquín seguía mirándola con un gesto cínico.

-Obviamente, te encuentras mucho mejor dijo, tuteándola.

-¿Te importaría decirme dónde estoy? preguntó ella, tuteándolo a su vez.

-En mi casa. Llevas tres días enferma.

-Llevas un traje... -comentó Lucy tontamente, observando el precioso traje de color beige que remarcaba aún más el poderoso físico del hombre-. Y pareces... pareces mas civilizado.

-¿Más civilizado? ¡Ahora mismo tengo que hacer un esfuerzo para no sacarte de esa cama y ponerte a cavar zanjas, como te mereces!

-le espetó Joaquín del Castillo, furioso. Lucy se quedó pálida-. Pero debo tratarte con la consideración que se debe a una persona enferma y quiero que sepas que no he querido hacerte daño. El médico dice que no te habías recuperado de una gripe. Si hubiera sabido que no te encontrabas bien, habríamos ido en coche a casa de Fidelio.

Aquel hombre podía hablar mucho sin pedir disculpas, pensó Lucy. El agotador viaje a caballo había sido completamente absurdo para un hombre con sus recursos. Sólo lo había hecho para castigarla.

-¿Deseas que llame a tu prometido para decirle que has estado enferma? -preguntó entonces Joaquín con voz de hielo.

-Yo no tengo ningun prometido... -empezó a decir Lucy.

-¿También has dejado a Roger Harkness? Debería haberlo imaginado. Era lo único que no tenía sentido. ¿Por qué una mujer como tú iba a casarse con un simple contable?

Recordando entonces que estaba haciéndose pasar por Cindy, Lucy se incorporó un poco en la cama.

-Yo...

-¿Sólo estabas jugando con Harkness?-¿Divirtiéndote mientras esperabas a tu próximo amante rico? -preguntó Joaquín con desdén-. Me has privado del placer de decirle lo que eres. Ningún hombre debería casarse con una mujer como tú sin ser advertido.

En ese momento, una mujer de cabello gris entró en la habitación y dijo algo en voz baja antes de ponerle un termómetro a Lucy. Cuando vio lo pálida que estaba, la mujer miró a Joaquín con cara de reproche.

-Seguiremos hablando de esto cuando te encuentres mejor -dijo él con gesto glacial.

Como un pez que se ha soltado del anzuelo, Lucy volvió a dejarse caer sobre la almohada. Una hora más tarde, mientras cenaba en la cama con platos de porcelana y copas de cristal, entendió la cólera de Joaquín del Castillo.

La había llevado a Guatemala para castigarla, había intentado acorralarla para que pagase la deuda contraída con Fidelio y, sin embargo, allí estaba, atendida por el servicio de su casa como si fuera una invitada de honor.

Tenía que encontrar un teléfono y llamar a Cindy. Eso era lo más urgente. <Ningún hombre debería casarse con una mujer como tú sin ser advertido> . El recuerdo de aquella frase llenó a Lucy de temor. La boda de su hermana debía tener lugar unas semanas mas tarde y seguramente Joaquín lo sabría. Que el la creyera Cindy era, por el momento, la única protección que tenían.

Con decisión, Lucy saltó de la cama. Eran las diez de la noche y seguramente todos los ocupantes de la casa estarían cenando, pensó mientras se ponía una Bata. Salió al pasillo y, nerviosa, pasó por delante de varias puertas cerradas. A unos metros de ella, en una galería con los techos muy altos, había una puerta entreabierta. De puntillas, se acercó y abrió con cuidado.

Era un dormitorio formidable y, afortunadamente, estaba vacío. Lucy cerró la puerta y buscó el teléfono. Escondarse como una ladrona no era lo suyo y su corazón latía con tal fuerza que amenazaba con ahogarla, pero marcó el número de su hermana, rezando para que Cindy estuviera en casa.

-Llevo tres días esperando que llames -dijo su hermana cuando reconoció su voz.

-Me parece que tenemos un problema muy serio, Cindy.

En la menor cantidad de tiempo posible, Lucy le explicó la situación.

Pero era un diálogo difícil porque su hermana no dejaba de interrumpirla.

-Mario me enseñó la fotografía de una casa increíble... y estaba en un hotel de cinco estrellas cuando nos conocimos. Me mintió...¡me mintió sobre su familia y su dinero!

-Mira, yo no se nada de eso -admitió Lucy, repitiendo de nuevo lo que Joaquín y Yolanda le habían contado sobre Fidelio Paez.

-Si Fidelio no podía enviarme dinero, no debería haberlo hecho.

-Cindy... Joaquín del Castillo quiere que se lo devuelvas todo. Cuando vendas el apartamento que compraste para mamá y para mí, podrías mandarle el dinero a Fidelio. ¿Te queda algo del seguro de papá?

-¿De verdad esperas que me quede sin un céntimo por esta tontería? -preguntó Cindy, incrédula.

-Tienes que devolverle a Fidelio todo lo que puedas...

-¡Yo no le he robado su dinero! Se lo pedí y el me lo dio y siento mucho que ahora este arruinado, pero no es culpa mía -gritó Cindy al otro lado del hilo.

-Cindy...

-Ese Del Castillo esta intentando asustarte, Lucy -la interrumpió su hermana-. Mira, olvídate del apartamento porque Roger y yo pensamos comprar una casa. Y no pienso contarle nada de esto... ¡No puedo hacerlo!

-Joaquín del Castillo es un hombre muy poderoso y no va a dejar el asunto sin solucionar...

-¡Pues si tiene tanto dinero, que se lo de él a Fidelio!

-Pero Cindy...

Lucy escuchó un golpe, como si el teléfono se hubiera caído al suelo. Su hermana estaba llorando. No eran lágrimas de pena, sino de rabia y Lucy estaba sorprendida por su reacción.

Pero quizá había sido una ingenua esperando otra reacción de su hermana gemela. Tenía que ponerse en su lugar. Cindy había creído que Fidelio Paez era un hombre muy rico y si tenía que devolverle el dinero se quedaría sin nada. Además, tendría que contarle aquella historia a su prometido y Roger era un hombre muy conservador, que solía darle charlas sobre el valor del dinero y no sabía nada sobre su pasado. Lucy sentía pena por su hermana. Era lógico que estuviera asustada y furiosa. ¿Cómo se tomaría Roger todo aquello, unas semanas antes de su boda?

-¿Qué voy a hacer, Lucy?

-Buscaremos una solución. Encontraré un trabajo y te ayudaré...

-¡Después de la boda! Prométeme que mantendrás ocupado a ese Del Castillo hasta que me haya casado.

Lucy se quedó pálida.

-Pero Cindy, yo...

-Roger me dejará si se lo cuento. El sabe que no tengo dinero y si le digo que tengo que pagar una deuda tan grande, me dejara, estoy segura -sollozó Cindy, histérica-. Prométemelo, Lucy. Prométemelo.

Lucy sabía que no debía hacerlo, que no estaba bien seguir engañando a Joaquín del Castillo, pero tuvo que asentir. ¿Cómo podía exigirle que le contara la verdad a Roger? ¿Y si él rompía el compromiso? Lucy no quería que ser responsable de una ruptura.

-De acuerdo -dijo por fin.

-Pase lo que pase, no vuelvas a llamarme. ¡Y no firmes ese papel en mi nombre!

-¿Firmar? -repitió Lucy, a quien nunca se le habría ocurrido falsificar la firma de su hermana.

-Lo único que puedo hacer es pagarle poco a poco.

-Intentaré solucionarlo...

-Pero ten cuidado. Del Castillo no debe enterarse de que eres mi hermana gemela -advirtió Cindy, preocupada.

Unos segundos después, la conexión se cortó.

Lucy estaba intentando recuperar la calma cuando la puerta del dormitorio se abrió. Asustada; intentó meterse debajo de la cama, pero no había sitio.

Cuando oyó la voz de Joaquín hablando con alguien en el pasillo, sintió pánico y miró alrededor buscando un sitio para esconderse. Unos segundos después, la puerta se cerró y Lucy se dejó caer sobre la alfombra. Estaba en el dormitorio de Joaquín! Pero era temprano, quizá él volvería a bajar al salón. No podía irse a dormir antes de las once, se decía. Según el artículo de la revista, Joaquín del Castillo era un hombre que hacía una gran vida social,.

Por el sonido, notó que él se estaba quitando la ropa. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía levantarse a inventar una excusa creíble? Tenía que escapar, pero no sabía cómo hacerlo. La puerta del baño se abrió y cuando Lucy iba a incorporarse para salir corriendo, un par de pies masculinos aparecieron en su campo de visión.

-¿Vas a meterte conmigo en la ducha? murmuró Joaquín, con un tono tan suave como el terciopelo.

Capítulo 4

LUCY se quedó sin habla. -Yo... yo...

Lentamente levantó la cabeza, tan avergonzada que no sabía que decir ni dónde mirar. ¡A sus pies, con aquel camisón de seda, en el dormitorio de Joaquín Del Castillo! La camisa abierta mostraba un torso poderoso cubierto por un suave vello negro. Frente a aquel impresionante físico, Lucy tuvo que tragar saliva.

-Te he visto desde la puerta, querida -dijo Joaquín.

Cuando alargó la mano para ayudarla, ella levantó la cara y se encontró de frente con aquellos ojos verde esmeralda. Era como sentir una corriente eléctrica. Cualquier excusa que hubiera pensado inventar, desapareció de su mente.

-Lucy... Lucy... -empezó a decir él con un tono sensual, mientras acariciaba su cara. Lucy sentía que se le iba la cabeza-. No me digas que has perdido el valor.

-Lucy estaba estudiando aquel rostro soberbio. <Estás loca por mi hermano>, le había dicho Yolanda. Y tenía razón.

-No, yo...

Joaquín levantó una ceja.

-No me esperabas tan pronto, ¿verdad?

Tenía que liberarse del efecto que aquel hombre ejercía en ella, pensó Lucy, intentando concentrarse.

-Yo no...

-No importa.

El sentido común le decía que se moviera, pero estar al lado de Joaquín Del Castillo era una sensación deliciosa. Estaba tan cerca que podía oler su piel. La cabeza le daba vueltas y le temblaban las piernas.

Joaquín soltó la cinta de la bata. Lo hizo de una forma tan natural que Lucy no protestó cuando vio caer la prenda a sus pies.

-Joaquín... ¿qué estás haciendo? -preguntó, demasiado tarde.

Como respuesta, Joaquín puso las manos sobre sus hombros. Lucy sabía que iba a besarla y... ¡ella deseaba que lo hiciera! De hecho, no podía esperar. Era como una prueba. La última vez que Joaquín la había besado, ella tenía fiebre. Y desde entonces se había preguntado si realmente había sentido lo que creía haber sentido.

Con una risa ronca, Joaquín se sentó sobre la cama y la sentó sobre sus piernas.

-Esto no es... yo no... -empezó a decir Lucy, trémula.

Despreocupado, Joaquín empezó a acariciarla y Lucy volvió a perder la cabeza. Cuando miraba aquellos ojos verdes; simplemente deseaba estar entre sus brazos. Sus pechos parecían mas firmes, sus cumbres dolorosamente sensibles. En el centro de su femineidad Lucy sentía un dolor placentero.

-Entenderás que esto... no tiene nada que ver con Fidelio -advirtió Joaquín con voz ronca.

-Bésame -le pidió Lucy, olvidada toda timidez.

Y él lo hizo. Lenta y profundamente, con una experiencia contra la que Lucy no podía hacer nada. Pero tampoco intento defenderse. El abrió sus labios y la exploró con la punta de la lengua. Lucy casi se desmayó y sus brazos, como por deseo propio, se enredaron alrededor del cuello del hombre.

-Bruja... -susurró Joaquín antes de tomar su boca con ansia.

Y el ansia del hombre la traspasaba. Lucy enredó los dedos en su pelo oscuro y Joaquín se colocó sobre ella. El peso del hombre sobre su cuerpo añadía una dimensión nueva a la experiencia. Con cada embestida de su lengua que imitaba una posesión mucho más íntima, Lucy se quemaba.

Estaba tan enganchada a la droga de su boca que apenas podía respirar. Joaquín empezó a acariciar sus pechos sin dejar de besarla, jugando con sus endurecidas cumbres hasta que ella se abandonó por completo.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y Joaquín se apartó bruscamente. Después, sin ceremonia alguna, la tiró sobre la alfombra y le susurró que no se moviera.

Lucy se quedó sorprendida al escuchar la voz de Yolanda. Sólo entonces se percató de su vergonzoso comportamiento. Mientras escuchaba la discusión que mantenían los hermanos, cerró los ojos, sorprendida de sí misma.

Deseaba a Joaquín del Castillo. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Hasta aquel momento, no había entendido lo poderoso que podía ser el deseo. ¿Y como podía culparlo por aprovecharse de ella después de encontrarla medio desnuda en su dormitorio? Ella lo había dejado... en realidad, lo había animado a hacerle el amor.

El sonido de unos tacones que se alejaban por el pasillo la hizo salir de aquel ensueño.

-Arriba -dijo Joaquín entonces, tomándola de la mano.

-¿Dónde vamos?

-Tú a tu cama -contestó ei.

-Por supuesto -murmuró Lucy. Pero sabía que, sin la interrupción de Yolanda, no estaba claro donde habría pasado la noche.

-No puedo creer que casi he dejado que me seduzcas.

-¿Perdona?

-Sabes muy bien que tienes que hacer para que un hombre se vuelva loco.

-¡No te atrevas a hablarme así!

Unos segundos después, Joaquín la tiró sobre su cama. Lucy cayó sobre las almohadas con los rizos alrededor de su cara, más pálida que nunca.

-Estabas esperándome en mi dormitorio -dijo el entonces, mirándola con furia-. Con mi hermana pequeña en casa. ¿Es que no tienes vergüenza?

Lucy se quedó sorprendida al sentir que su piel quemaba con una sensación que no era la vergüenza que debería sentir. La tensión sexual que había entre ellos podía cortarse con un cuchillo. Lucy no podía contarle que había ido a la habitación a llamar por teléfono. Si se lo decía, Joaquín podría comprobar el número.

-Obviamente no -se oyó decir a sí misma, excitada a su pesar por aquella imagen de si misma como una mujer inmoral y manipuladora. Joaquín se inclinó sobre su cara, muy cerca.

-Entonces, ¿lo admites?

-No admito nada -murmuró ella, sin aliento.

Joaquín enredo los dedos en su pelo, sin dejar de mirarla a los ojos.

-Te juro que no ganarás nada con mi deseo, querida.

El peligro excitaba a Lucy. Ser deseada, sentirse como una seductora, era algo completamente nuevo para ella. Lucy se humedeció los labios con la punta de la lengua.

-Ah, vaya... no sabía que te estaban <arropando> -escucharon entonces la voz de Yolanda desde la puerta.

Joaquín se apartó rápidamente y salió de la habitación sin decir una palabra.

-Buenas noches, Lucy -dijo Yolanda, mirándola con reprobación.

Avergonzada, Lucy murmuró las buenas noches y se metió entre las sábanas. Pero no podía dormir. En veintidós años, nunca se había sentido tan viva como en los brazos de Joaquín Del Castillo.

Era una admisión patética, desde luego. Pero Lucy no tenía ninguna experiencia con los hombres.

En el instituto era demasiado tímida como para interesar a los chicos. Tenía diecinueve años cuando conoció a Steve y se enamoró locamente de él. Solían comer juntos y Lucy creía que se gustaban, pero había malinterpretado el interés de Steve y se sintió desolada cuando supo que era homosexual. El la veía como una amiga, nada más, y había creído que Lucy sabía que su compañero de piso era <algo más> .

Al año siguiente conoció a Larry, un estudiante de ingeniería que no pudo soportar las groserías de su madre el día que decidió ir a visitarla a casa. Ese había sido el final de su relación.

Era normal que al lado de un hombre como Joaquín Del Castillo, Lucy se diera cuenta de lo ingenua que era. Cuidando de su madre había tenido que madurar antes de tiempo, pero en el campo de las relaciones con los hombres seguía siendo una adolescente.

Y era lógico que no reconociera a la mujer sensual en que se convertía cuando estaba cerca de Joaquín. ¿Cuándo había tenido oportunidad de explorar ese lado de su naturaleza? Ella era una mujer de carne y hueso y era natural que... ¿que quisiera tumbarlo en su cama y arrancarle la ropa? Porque tenía que admitir que eso era lo que deseaba.

¿Pero era normal que cuando Joaquín estaba a su lado su cerebro dejara de funcionar? ¿Era natural que olvidase que estaba haciéndose pasar por su hermana y que tenía que salir de aquella situación como fuera? ¿Tan consumidora era la atracción sexual?

¿Había vivido como una monja durante demasiado tiempo y estaba, como había dicho Yolanda, "poniéndose en evidencia"?

¿Dónde estaba su cabeza?, se preguntaba Lucy. ¿Qué había hecho para intentar solucionar la deuda con Fidelio? No había hecho nada, tuvo que admitir, avergonzada. Aquel día había visto a Joaquín en dos ocasiones y ni siquiera había sacado el tema. Pero lo haría al día siguiente, se prometió a sí misma.

Afortunadamente, habían recuperado su maleta de Santa Angelita y después de desayunar, Lucy saco del armario un traje azul cielo. Aunque la falda era muy corta, un traje era infinitamente mejor que andar por la casa en camisón. Era lógico que Joaquín hubiera pensado que quería seducirlo. No podía culparlo por pensar que ella era la clase de mujer que utiliza el sexo como arma. Pero aquel día, vestida apropiadamente, Joaquín del Castillo tendría que tratarla con más ceremonia.

Yolanda estaba cruzando el vestíbulo en ese momento, guapísima con una falda de color escarlata y una blusa de lentejuelas, cuando Lucy bajo la escalera, tambaleándose sobre sus altos tacones.

-Buenos días. ¿Puedes decirme dónde esta tu hermano?

Yolanda la miró con el ceño fruncido.

-En su despacho, allí... -dijo la joven señalando una puerta-. Pero no creo que sea buena idea molestarlo ahora.

-¿Por qué?

La joven ignoró la pregunta.

-¿Tú tienes padre, Lucy?

-Murió hace...

-¿Algún hermano? -preguntó Yolanda después. Lucy negó con la cabeza-. Entonces, ¿cómo vas a entender nuestra cultura machista? Una mujer de Guatemala tiene que obedecer a su padre, a sus hermanos y después a su marido. Lo que una quiera no tiene ninguna importancia. ¡Y yo tengo que hacer lo que me dicen, como si fuera una nina pequeña! ¿Tienes idea de lo horrible que es eso?

Lucy creyó escuchar el eco de las constantes críticas de su madre, que habían marcado su vida. <Lucy, ya no eres una adolescente y estas ridícula con ese traje> . <Lucy, sólo las prostitutas se visten así>. < Lucy, tú no eres suficientemente inteligente como para ir a la universidad>. < Lucy, ¿cómo puedes dejarme sola para ir a unas estúpidas clases? ¿Cómo puedes ser tan egoísta?>

-Sé muy bien a que lo refieres. Mi madre era una mujer muy dominante.

Las dos jóvenes se miraron, comprensivas.

-Mi madre se casó de nuevo cuando murió tu padre y a mí me enviaron a un colegio en Londres -explicó Yolanda con amargura-. ¡Pobre de mí! -añadió entonces, riéndose de sí misma, mientras subía por la escalera.

Mientras Lucy se dirigía en la dirección que Yolanda había indicado, recordaba que los dos hermanos habían tenido una discusión el día anterior. O, al menos, Yolanda había discutido, porque el tono de Joaquín había sido calmado y frío. Imaginaba que la pobre debía enfrentarse con su hermano todos los días y eso no podía ser fácil. Y no había duda de que Joaquín del Castillo era la ley en aquella casa.

Lucy llamó a la puerta y como no recibió contestación, la empujó. La habitación era grande, más una biblioteca que un despacho.

Joaquín se levantó de la silla al verla. Incluso con una camisa blanca de algodón y pantalones de color caqui, estaba imponente.

Lucy se quedó en silencio durante unos segundos, un silencio que el no rompió.

-Tenemos que hablar de la deuda con Fidelio -consiguió decir por fin.

-Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir al respecto -replicó Joaquín-. Cuando fumes ese documento, podrás irte a casa. No hay más opciones.

-Pero tiene que haber otras opciones... ¡es imposible reunir todo ese dinero ahora mismo! -protestó Lucy, desesperada. Pero Joaquín no parecía impresionado-. Supongo que un primer pago y el compromiso de pagos subsiguientes sería aceptable.

-Sin un documento legal, lo olvidarías de ello en cuanto llegaras a Londres -dijo Joaquín.

-No. Ahora mismo hay una propiedad... mía a la venta...

-La única propiedad que tienes es tu apartamento y no está a la venta -la interrumpió él.
 De modo que Joaquín no sabía lo del apartamento que Cindy había comprado para Lucy y su madre. No, claro que no. Si hubiera sabido aquello, sabría que Cindy tenía una hermana gemela. Seguir hablando del apartamento sería peligroso, pensó Lucy entonces, dándose cuenta de como odiaba estar haciéndose pasar por su hermana. Pero era imposible contar la verdad porque no quería poner en peligro la boda de Cindy.

-El resto podría pagarse a plazos.
 -A la edad de Fidelio, un arreglo de ese tipo no valdría de nada.
 -Pero yo puedo probar que todo esto ha sido un malentendido. Que nunca ha habido intención de engañar a nadie -exclamó Lucy, levantando la barbilla-. Si hubiera sabido que Fidelio trabajaba como capataz, ¿cómo podría haber pensado que tenía tanto dinero?
 -Naturalmente, Mario debió contarte que mi padre dejó una cantidad a Fidelio en su testamento.
 Lucy se quedó pálida. Por fin entendía cómo Fidelio Páez había amasado tal cantidad de dinero. Y, siendo una herencia de su padre, Joaquín lo tomaba como algo personal. En cualquier caso, Cindy podría ser acusada de oportunismo, pero no de fraude. Había una diferencia. Su hermana nunca se habría aprovechado de un pobre hombre.

-¡Pero Mario nunca mencionó esa herencia! Pareces olvidar que Mario y... Mario y yo estuvimos juntos durante muy poco tiempo.
 -Tan poco tiempo que tú ni siquiera pudiste hacer el papel de viuda dolorida -dijo Joaquín, estudiándola con calma.
 -Estoy harta de tus críticas -dijo ella, herida y enfadada.
 -Pues enfréntate con la realidad. Sé lo que eres -replicó Joaquín, mirándola de arriba abajo con insolencia.
 Lucy sintió que se le ponía la carne de gallina, pero la irritaba profundamente que Joaquín Del Castillo la afectase tanto. Aquella vez no se dejaría avasallar.

-No sabes lo que estás diciendo...
 -¿No? El pelo, los ojos violeta, el rubor de nina deben ir muy bien para los hombres que no quieren ver.. eres como una muñeca de porcelana, la imagen de la femineidad. Pero yo no soy uno de esos hombres, querida. Yo no estoy ciego.
 -He venido aquí para tener una conversación sensata contigo y...
 -¿De verdad? ¿Por eso te has puesto esa falda tan corta y una chaqueta con escote? -preguntó el, irónico. Lucy lo miró, sorprendida por aquel ataque sobre su apariencia-. Me gusta mirarte. Soy un hombre, Lucy. Ya to dije que aceptaba la invitación, pero no voy a pagar por el privilegio. No pagaré tu deuda con Fidelio, de eso puedes estar segura.
 -Yo no quiero... -empezó a decir Lucy, poniéndose colorada.
 -Oh, no. Otra vez el teatro, aparentando ser una colegiala que se pone colorada... Estás hablando con un cínico, querida. Además, no había nada adolescente en tu visita de anoche. Eso fue una oferta cruda y...
 -¡Si no te callas, te daré una bofetada! -lo interrumpió ella-. No quieres escuchar nada de te que digo...
 -Me parece que estar en mi cama, debajo de mí, es un invitación muy clara. Y dejarme dolorido el resto de la noche hace que las oportunidades de escucharte esta mañana sean muy pocas.
 ¿Cómo podía decirle aquello? ¿Cómo podía ser tan desagradable? Lucy se sorprendió al ver que estaba mirando alrededor, buscando algo que tirarle a la cara.
 -¡Eres un grosero! -exclamó, angustiada.
 -Tus patéticos intentos de hacerte pasar por una niña inocente están empezando a irritarme -respondió Joaquín, sin remordimiento alguno.

-¿Irritarte? Más bien me odias.
-Por ahora he sido un hombre razonable...
-¿Razonable?, -repitió ella, furiosa-. Si ni siquiera me escuchas. Estoy dispuesta a pagar esa deuda a plazos y hacer lo que sea necesario para convencerte de mi credibilidad...
-¿Credibilidad? ¿Qué clase de idiota crees que soy? ¡En este momento, ni siquiera tienes un empleo! -exclamó. De nuevo, Lucy se maldijo a sí misma por no recordar cuántas cosas sabía Joaquín sobre su hermana. El contrato de Cindy como maquilladora en televisión había terminado unas semanas antes, pero le habían prometido volver a contratarla-. De hecho, durante los últimos cinco años sólo has trabajado ocho meses. Y estoy completamente seguro de que no tienes ninguna intención de buscar trabajo. Eres perezosa y frívola. Si no encuentras un hombre que te mantenga, no te molestas en trabajar...
-Eso son tonterías. Soy una persona trabajadora y si tuviera trabajo, haría que te tragases esas palabras -replicó ella, levantando la barbilla.
Joaquín la miró entonces durante unos segundos.
-¿Cuándo quieres empezar?

Capítulo 5

EMPEZAR? ¿Empezar que?

-A trabajar para mí. ¿Qué talentos tienes, además de los juegos de dormitorio? preguntó Joaquín. Lucy abrió la boca y volvió a cerrarla-. Creo recordar que estuviste trabajando unas semanas como secretaria.

¿Como secretaria? Joaquín sabía mucho más sobre Cindy que ella misma. Pero Lucy no sabía escribir a máquina, ni usar un ordenador.

-¿Me estás ofreciendo un trabajo?

-Para que hagas que me coma mis palabras, sí -contestó él-. Aunque me temo que no podré ofrecer el meteórico ascenso que te dieron la última vez que trabajaste en una oficina...

Lucy frunció el ceño.

-No te entiendo.

-Qué memoria tan selectiva. Después de unos días trabajando, el gerente te hizo su secretaria personal. A la semana siguiente, estabas fuera de la oficina y eras la amante de un hombre casado.

Lucy abrió la boca para protestar, pero decidió que era mejor no hacerlo. El sabía mucho más sobre Cindy que ella y no podía rebatírselo. De modo que se encogió de hombros, como habría hecho su hermana.

-Ahora es el momento de decir que todavía te sientes demasiado débil como para trabajar.

-¡Me siento estupendamente! -lo desafió ella.

Joaquín abrió la puerta.

-Entonces, tengo el trabajo perfecto para ti.

-¿Aquí? -preguntó ella.

Joaquín la tomó del brazo y la llevó a una oficina, con ordenadores, faxes y todo tipo de aparato electrónico.

-Estas señoritas se encargan de mi correspondencia y coordinan varios de mis proyectos -explicó él. Tres mujeres levantaron la cabeza del

ordenador-. Esta es mi secretaria personal, Dominga. Dominga, te presento a Lucy Paez -añadió. Lucy recibió un saludo frío por parte de la mujer. Por su expresión, imaginaba que Dominga lo sabía todo sobre su supuesta carrera como buscavidas-.Dominga te mantendra ocupada.

Lo que siguió durante las siguientes horas fue una de las experiencias más mortificantes en la vida de Lucy.

Era difícil encontrar un trabajo que supiera hacer. No podía contestar el teléfono ni organizar papeles porque estaban en español y cuando le pidieron que pusiera papel en la impresora, provocó un atasco. Pero Dominga no pensaba abandonar y la sentó frente a una máquina de escribir. Lucy se quedó mirándola, incapaz de confesar que no sabía utilizarla y empezó a escribir con dos dedos, pero eso no engañó a nadie. La hora del almuerzo no pudo llegar en mejor momento.

-Siento haberle hecho perder el tiempo, Dominga -se disculpó, sintiéndose culpable.

Informada de que podía tomarse la tarde libre, Lucy salió de la oficina, imaginando que aquella era una forma de decir que no se molestara en volver.

Pero volvería. Aunque no tenía ninguna cualificación profesional, no pensaba dejarse amedrentar. En la biblioteca en la que había trabajado se dedicaba a sellar tarjetas y ayudar a la gente a encontrar algún libro. Y cuando tuvo la oportunidad de estudiar, no pudo hacerlo debido a la enfermedad de su madre. Pero ella era una chica trabajadora.

Cuando cruzaba el impresionante vestíbulo hacia la escalera, se encontró con Joaquín que, obviamente, volvía de montar a caballo. Con una camisa blanca, pantalones de montar y botas negras, estaba como para dejar a cualquiera sin aliento. La camisa destacaba sus anchos hombros y los estrechos pantalones, sus poderosos muslos. Con el pelo revuelto y los ojos brillantes, parecía un dios.

El corazón de Lucy dio un vuelco. Era tan guapo, tan vibrante. Se movía con la gracia de un felino. Cuando él la miró, se le doblaron las rodillas. Ningún hombre la había hecho sentir así y probablemente, ningún otro lo conseguiría. Había empezado a enamorarse de Joaquín del Castillo el primer día. Y lo más curioso de todo era que confiaba en él.

Era una seria amenaza para la felicidad de su hermana, pero Lucy respetaba su sentido de la ética. ¿Cuántos hombres ricos se habrían molestado en enterarse de las razones por las que un empleado retirado había tenido que volver a trabajar? ¿Y cuántos habrían decidido tomar cartas en el asunto?

-Lucy... -murmuró él con voz ronca. Su cristalina mirada la mareó.

Un segundo después, Joaquín tomaba su boca con ansia. Lucy no sabía quién se había movido primero. Y no importaba. Nada importaba más que estar en sus brazos. Con el duro torso del hombre pegado a su pecho, temblaba violentamente, excitada como si hubiera tomado una droga. Joaquín se apartó unos segundos después, respirando con dificultad.

-La próxima vez no voy a soltarte, querida.

Lucy se apartó, intentando recuperar la compostura.

-Nosotros...

-No hay un <nosotros> -la interrumpió él.

-Por supuesto que no. Lo sé muy bien murmuró Lucy, sin convicción.

-¿Has terminado de jugar a las secretarias?

-Sí -contestó ella, dirigiéndose hacia la escalera como si su vida dependiera de ello.

-Creí que ibas a hacer que me comiera mis palabras.

-¿Para qué molestarme?

-Firma el documento. Los dos sabemos que puedes pagar tu deuda con Fidelio -dijo él entonces-. Y estarás en el aeropuerto dentro de una hora.

Lucy cerró los ojos y siguió subiendo la escalera sin contestar. Cuando creyó que nadie la vela, corrió por el pasillo y se tiró sobre la cama.

¿Era cierto? ¿Era cierto que Cindy tenía dinero suficiente para pagar a Fidelio? Lucy no creía que su hermana tuviera tanto dinero ahorrado. Furiosa consigo misma, con Joaquín y con su hermana, enterró la cara en la almohada y empezó a llorar.

¿Por qué lloraba?, se preguntó. Porque se sentía poderosamente atraída por Joaquín Del Castillo y él estaba deseando librarse de ella.

¿Sería Joaquín uno de esos hombres que debían acostarse cada día con una mujer diferente? Tenía que enfrentarse con la realidad. Joaquín Del Castillo no era hombre para ella.

Y estaba harta de hacerse pasar por Cindy. Quería contarle la verdad, pero sabía que Joaquín se pondría aún más furioso si supiera que lo habían engañado doblemente. No había salida. En cuanto se enterase de que Cindy seguía en Londres, intentaría vengarse. Y Cindy no merecía que le arruinasen la vida. Lucy protegería a su hermana durante el tiempo que fuera posible.

La llegada de una criada con la bandeja del almuerzo hizo que Lucy se secara las lágrimas. Después de comer, se puso una falda de flores, la blusa bordada y las zapatillas de deporte que se había puesto el primer día y salió a dar un paseo.

Cuando salió de la casa, descubrió que los jardines eran tan espectaculares como el paisaje que se divisaba desde su ventana.

Había un camino de piedra en el jardín y Lucy decidió seguirlo. Cuanto más exploraba, más le gustaba aquel lugar, lleno de flores y pájaros de colores. Un mono saltó de una rama, sobresaltándola. Lucy sonrió, observando a la pequeña criatura. Nunca había visto nada parecido.

Más calmada, se dio cuenta de que había adoptado una actitud equivocada en la oficina. Tendría que demostrarle a Joaquín que podía cumplir su palabra. ¿Cómo iba a hacerle creer que podía pagar su deuda a plazos si no se esforzaba por aprender a usar un ordenador? Todo el mundo sabe usar un ordenador, se decía. No podía ser tan difícil.

Después de tomar la decisión, Lucy siguió paseando. Unos minutos después, al tomar una curva del camino, se paró de golpe. Sólo entonces recordó las palabras de Yolanda sobre que la Hacienda de Oro era un tesoro para los arqueólogos. Frente a ella, en un clam, se encontró con un templo maya.

Si hubiera podido ir a la universidad, Lucy habría estudiado arqueología y la cultura maya era una de sus favoritas. Antes de salir de Londres, se había preguntado si tendría oportunidad de visitar las ruinas de Peten. Y allí estaban, la mejor de las experiencias para un arqueólogo aficionado.

Mucho tiempo después, cuando Lucy inspeccionaba unas piedras que había visto sólo en fotografías, su exploración fue interrumpida.

-¿Qué demonios has estado haciendo toda la tarde? -escuchó una voz familiar.

Joaquín estaba a un metro de ella, mirándola con irritación.

-¿Perdón...? -murmuró, intentando apartar la mirada de aquel hombre que, enfadado o no, le resultaba irresistible.

-Hay patrullas armadas controlando este sitio día y noche. Imagina que te hubieran tomado por una ladrona de antigüedades. No puedes ir caminando por la jungla como si fuera una calle de Londres.

-No estoy en la jungla...

-¡Claro que sí, estúpida! -la interrumpió él-. ¿Sabes el tiempo que he tardado en encontrarte?

-No me he perdido... he seguido el camino -replicó Lucy, preguntándose por que parecía tan furioso-. ¡Y no te tolero que me llames estúpida!

Con los dientes apretados, Joaquín sacó un móvil y habló con alguien en español.

-Hemos estado preocupados por ti. Saliste de la hacienda hace tres horas.

-¿Tres horas? Lucy miró su reloj.

-No me había dado cuenta. Lo siento. No sabía que había estado aquí tanto tiempo.

-Deja de hacerte la tonta. Te habías perdido.

-No es verdad -replicó ella. Pero cuando buscó el camino con los ojos, se dio cuenta de que no le habría resultado tan fácil volver a la casa.

-No creo que la civilización maya sea una de tus pasiones...

-Te equivocas -lo interrumpió ella-. Por favor, dame cinco minutos más.

-Lucy..

Ella no le hizo caso y siguió observando el antiguo templo.

-¿A quién estas tratando de impresionar? ¿Sabes lo que estas mirando?

Desde los escalones, ella seguía observando las máscaras de los dioses mayas que adornaban la entrada.

-Estoy mirando a Hun Hunapu, el dios de las tempestades y este es... Chac, creo, el dios de la lluvia. Y este es Kinich Ahau, el dios del sol. ¿Este templo tiene un pib na? -preguntó Lucy. Joaquín se quedó en silencio durante unos segundos, estudiándola con atención.

¿Ocurre algo?

-Sí. El templo tiene una sala bajo tierra contestó él por fin.

-¿Con murales?

-Con murales. Pero hasta que no terminen las excavaciones, no se puede entrar -dijo Joaquín, sin dejar de mirarla con una expresión indefinida. Durante unos segundos que a Lucy le parecieron eternos, permanecieron en silencio, observándose el uno al otro, como si se vieran por primera vez-. Creo que me he equivocado contigo y te pido disculpas. Que te hayas tomado tanto interés por la cultura maya significa que tu difunto marido te importaba.

Su sinceridad era patente, pero aquella disculpa era como una bofetada. Joaquín pensaba que hablaba con la viuda de Mario. Lucy volvió a sentirse avergonzada por estar engañándolo.

-Se está haciendo tarde -dijo, sin mirarlo.

-Debiste amar mucho a Mario -murmuró él, tomándola del brazo.

Lucy se soltó de un tirón y empezó a descender los escalones.

-No quiero hablar de ello.

-Mario y yo éramos amigos desde pequeños.

-¿El heredero de la fortuna Del Castillo y el hijo de un capataz? -preguntó Lucy, despechada.

-Mario me llamó el día de su boda y me confesó que era el hombre más feliz del mundo -siguió diciendo él. Lucy no quería seguir hablando del asunto. Con cada palabra sincera de aquel hombre, se sentía más vil-. Mírame... No suelo equivocarme con la gente, pero tu comportamiento tras la muerte de Mario no fue precisamente...

-Eso fue hace mucho tiempo -lo interrumpió ella.

-Estoy intentando entender qué te hizo comportarte de una forma tan horrible sólo unas semanas después del funeral de Mario.

-Deja de hablarme como si fueras mi padre.

-¿Qué pasa? ¿Por qué me hablas así?

-¡Porque te equivocas! -exclamó Lucy, intentando defender a su hermana-. Y eres demasiado rico como para entender nada.

-¿Cómo?

-¿Cuántas casas necesita un hombre? ¿Cómo puedes saber tú lo que es ser pobre? -preguntó Lucy, furiosa-. ¿Qué sabes tú del dolor que puede hacer que una persona pierda la cabeza?

Después de decir aquello, que le había salido del corazón, Lucy lo miró con disgusto y se dio la vuelta. Joaquín la llamó, pero ella no hizo caso.

Mientras corría por el camino, recordaba que su hermana le había hablado de la muerte de Mario. Cindy le había confesado también que había hecho cosas que la avergonzaban y Lucy imaginaba que se refería a haberse desnudado delante de una cámara o a mantener relaciones con hombres casados. Pero habían sido ellos los culpables, ya que Cindy sólo tenía diecisiete años.

Cuando Lucy levantó la mirada, la vegetación le pareció más exuberante de lo que recordaba. Posiblemente era el cambio de luz lo que la hacía parecer diferente, se dijo. En ese momento, escuchó un sonido de agua cerca de ella y observó, asombrada, una cascada que caía formando una hermosa piscina a sus pies. El agua era tan clara que podía ver las piedras del fondo. Obviamente, se había equivocado de camino.

Joaquín iba a matarla, pensó. Los pájaros habían dejado de cantar y estaba anocheciendo, pero el agua era una tentación.

Quitándose la falda y la blusa con un suspiro de alivio, Lucy se metió en el agua. Era una delicia, fresca y limpia...

-No te muevas, Lucy.

La voz de Joaquín era tan seca que se quedó parada. Automáticamente, Lucy levantó las manos para cubrirse los pechos desnudos, pero lo que vio al levantar la cabeza la llenó de terror...

Capítulo 6

LUCY se enfrentó con la bestia más aterradora que había visto jamás.

El jaguar estaba a menos de cinco metros de ella, mirándola con sus ojos dorados como si quisiera penetrarla con la mirada. Tan intenso era su miedo que Lucy no podía moverse ni apartar la mirada del felino. Y entonces, con un movimiento repentino, el animal desapareció.

-Oh, Dios mío... Dios mío...

En ese momento, Lucy había olvidado su desnudez.

Joaquín la sacó del agua y la dejó sobre la hierba.

-Los mayas creían que cuando caía la noche, el sol se convertía en un jaguar -murmuró, quitándose la camisa y colocándosela sobre los hombros.

-También lo llamaban <la bestia que mata a su presa de un sólo golpe> -consiguió decir ella, temblando.

-No suelen atacar a los seres humanos.

-¡Gracias a Dios no ha querido mojarse! murmuró Lucy, sujetándose a su hombro para ponerse en pie.

-El jaguar es un excelente nadador, querida. Suele venir aquí a cazar y le has robado el sitio.

-Me he asustado...

-Y me alegro. A nadie se le ocurre bañarse en la jungla cuando ha caído el sol.

-No lo haré nunca más -prometió Lucy, tomando su ropa del suelo.

-Pero en toda mi vida jamás había visto algo más hermoso que tú... antes de darme cuenta de que tenías otro admirador. Joaquín le estaba poniendo la blusa mientras ella seguía casi paralizada de horror.

-¿Hermoso?

-Exquisito... tus pechos, tu pelo, el brillo de tu piel. .

Lucy experimentó una extraña sensación de poder al comprobar que al hombre le temblaban las manos mientras la ayudaba a vestirse. Y ella no sentía ningún pudor, a pesar de que llevaba unas braguitas mojadas y probablemente transparentes.

-¿Te parecía atractiva? -se oyó decir a sí misma.

-Como una ninfa -contestó Joaquín, tomando su mano. Unos minutos después, estaban frente a un todoterreno. El la ayudó a subir al asiento sin decir nada y mientras arrancaba, Lucy estudió su perfil. En toda su vida, nunca había deseado tocar a nadie como deseaba tocarlo a él, pero apretó los puños, avergonzada de su deseo-. Te gusta jugar con el peligro.

Lucy nunca se había sentido más consciente de su cuerpo. Sus pechos parecían haber crecido y sentía una especie de quemazón en el vientre. Cuando Joaquín la miró, sintió que se derretía. Era así de simple, así de básico, una fuerza demasiado poderosa como para controlarla. La asustaba y la excitaba a la vez saber el poder que aquel hombre tenía sobre ella.

-No me culpes a mí... -empezó a decir.

Joaquín levantó una mano y la puso sobre sus labios.

-El deseo no suele despertarse de forma tan inmediata. Me intriga, pero no va a poder conmigo. No fantasees con un futuro después de mañana...

Lucy sabía que así era, pero no quería, no podía pensar. Prefería concentrarse en el brillo de sus ojos, en el roce sensual del dedo masculino sobre sus labios.

-Nunca había sentido esto.

-Sólo las adolescentes hablan así -censuró él, sonriendo.

-Es posible.

-Tu me deseas y yo te deseo a ti. El deseo sexual no necesita etiquetas.

Joaquín volvió a tomar el volante. Lucy se sentía embriagada de él, intoxicada de deseo.

Era completamente de noche cuando llegaron a la casa. Joaquín la sacó en sus brazos del coche y Lucy rio cuando la levantó muy alto, como si fuera una niña. Al mismo tiempo notó que las luces que había visto encendidas en el primer piso se apagaban, quizá porque el servicio tenía orden de ser discreto con las <aventuras> de su jefe.

-Por favor, Joaquín, déjame en el suelo.

-No hasta que lleguemos a la habitación.

-¿Y Yolanda...?

-Mi hermana se ha ido a la ciudad a pasar la noche con mis primos. Espero que vuelva de mejor humor.

-¿Por qué?

-Porque ha ido de compras -contestó él, subiendo por la escalera. Antes de entrar, se paró para darle un beso lento, sensual, que a Lucy le pareció electrificante.

Unos segundos después, abrió los ojos y se encontró tumbada sobre la cama de Joaquín. Y se dio cuenta de que él le estaba quitando la falda.

- Oh...

-Oh, ¿qué? -sonrió él, mientras se quitaba la camisa. Una sonrisa gloriosa, la más bonita que Lucy había visto nunca.

Estaba mareada por aquella sonrisa. Tanto que simplemente se apoyó sobre un codo para mirarlo. Sin la camisa, era magnífico. Piel bronceada, vello negro, musculos marcados... Cuando empezó a quitarse los pantalones, Lucy se puso colorada, pero no podía resistir la tentación de mirar.

Observó su estómago plano y el vello que terminaba en los calzoncillos... Y después tuvo que parpadear, sorprendida. La potencia de su erección era patente. Asustada de repente, Lucy apartó la mirada.

Allí estaba, a punto de cumplir veintitrés años y todavía virgen. Y amaba a Joaquín del Castillo, aunque él no la amase. Pero si la ponía nerviosa ver cómo se desnudaba, ¿cómo iba a poder hacer... lo que seguiría a aquello? Lucy sintió pánico. No podían hacerlo. El se daría cuenta de que era virgen y descubriría el engaño.

-Joaquín... -empezó a decir.

-¿Impaciente?

-Pues... no.

El se tumbó a su lado y empezó a quitarle la blusa.

-¿Qué te pasa?

-Quizá no deberíamos ir tan deprisa.

-Estás muy tensa, querida.

-Si, pero...

-Me encanta tu boca -confesó Joaquín, colocándose sobre ella. La proximidad del hombre hacía que Lucy se olvidara de todo-. ¿Si?

-Nada -contestó ella, enredando los dedos en su pelo, perdida por completo.

Joaquín empezó a besarla y Lucy, aplastada contra el cuerpo masculino, obviamente excitado, estaba en peligro de perder la cabeza.

El empezó a acariciar sus pechos y Lucy tembló, sintiendo un calor inesperado entre las piernas.

-Me encantan tus pechos -murmuró Joaquín, acariciando uno de sus pezones con la punta del dedo antes de tomarlo con la boca. Su respuesta a la caricia la tomó por sorpresa. Lucy se movía debajo de él, sin pensar, temblando. Su piel era más sensible que nunca.

-Por favor... -gimió.

Con los ojos brillantes, Joaquín empezó a acariciar sus muslos y Lucy se sintió poseída de una fiebre que la controlaba por completo.

-Entonces, me deseas de verdad... -murmuró él.

-¿Es qué no lo sabes?

-Las mujeres mienten. Pero si hubieras intentado engañarme lo habría sabido, gatita.

Joaquín introdujo la lengua entre sus labios, saciando la sed que ella no podía disimular. Cuando empezó a acariciar el centro de su femineidad, Lucy arqueó la espalda, emitiendo un gemido convulsivo. El placer era tan intenso que se retorció debajo de él, fuera de control.

Y entonces, cuando estaba a punto de rogarle que la hiciera suya, Joaquín se colocó entre sus muslos.

-Eres tan pequeña. Tengo miedo de hacerte daño, querida.

En ese momento, Lucy recordó que era virgen.

-Joaquín...

-Ya lo sé. Yo tampoco puedo esperar más. Nunca he estado más caliente por una mujer -la interrumpió él. En un momento, el pánico que había sentido desapareció. Lucy se vio a sí misma como una mujer que volvía a los hombres locos de deseo. Y le encantaba esa imagen. Cerró los ojos cuando el la penetró y fue el momento más intenso de su vida. Todo su ser estaba concentrado en aquella invasión. El dolor duró apenas un instante. El resto era un placer desconocido-. Eres increíble, gatita -murmuró Joaquín, embistiendo con fuerza.

Lucy se perdió en una tormenta de emociones. Con cada movimiento, el hacía que lo deseara más y más. Estaba quemándose. Y cuando llegó el éxtasis, Lucy gritó sin saber que lo estaba haciendo.

Más tarde, estudió el rostro de Joaquín. El había lanzado un gemido ronco de placer, todo su cuerpo tenso mientras llegaba a la cima. Y ella había sonreído como una gata, apretándose contra el húmedo cuerpo masculino.

-Eres maravilloso.

-Ha estado bien -dijo Joaquín, como un indolente felino acostumbrado a recibir cumplidos de ese tipo-. De hecho, ha sido espectacular, gatita. Te deseo otra vez -murmuró, apartando el pelo de su cara.

-Sí -murmuró Lucy.

-Y otra vez. Y otra. ¿Cuántas veces podemos hacerlo?

-¿Quién está contando? -susurró ella, escondiendo la cara en su pecho.

Joaquín apartó las sábanas entonces y se sentó de golpe sobre la cama. Lucy se quedó helada. Sobre la sábana había una mancha de sangre.

-¿Qué es esto?

-Mi rodilla -dijo Lucy-. Me caí esta tarde en las ruinas.

-¿Y no me has dicho nada? En este clima, cualquier herida necesita atención médica -la regañó él. Joaquín observó la herida y fue al cuarto de baño para buscar antiséptico-. Debes tener cuidado. Hasta una herida tan pequeña como esa puede producir una infección -siguió diciendo él, mientras la curaba. Pero Lucy se sentía aliviada. Joaquín había estado muy cerca de descubrir el engaño de identidades-. No quiero que vuelvas a salir sola de casa -decretó él entonces. Lucy no pudo evitar una sonrisa-. ¿Qué tiene tanta gracia?

-Tú. ¿Siempre has sido tan autoritario?

Joaquín la tumbó de nuevo sobre la cama.

-Siempre, querida -contestó él, sujetando sus manos. Joaquín sonreía, la sonrisa de un macho seguro de ser bienvenido.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que estaba en su propia habitación. Joaquín debía haberla llevado allí cuando se quedó dormida.

Mientras se duchaba, sólo podía pensar en él. ¿Cómo podía haberse enamorado en una semana? Pero había sido una semana muy intensa y Joaquín era único.

Estaba cansada, pero decidida a aprender a usar un ordenador. No quería que Joaquín pensara que iba a aprovecharse de su recién adquirida intimidad. Era irónico, pensó. No era sólo por su hermana por lo que quería probarle a Joaquín que no era una perezosa y una frívola.

Esperaba encontrarse con él durante el desayuno, pero una criada la llevó a un impresionante comedor, donde Lucy desayunó sola. La sensación de felicidad que la embargaba era nueva para ella. <Si ni siquiera sabe quien eres>, le decía una vocecita. Pero ella no quería escucharla.

Dominga no pudo disimular su sorpresa cuando la vio entrar en la oficina. Evidentemente, no la esperaba aquella mañana. ¿Cuánta gente sabría que habían pasado la noche juntos?, se preguntaba. Lucy sabía que había roto todas sus reglas de comportamiento, pero le daba igual. Pensar en Joaquín Del Castillo la hacía sentir tan feliz que nada más importaba.

Una de las secretarias intentaba enseñarle a usar el ordenador, pero Lucy no podía concentrarse. ¿Debería haber buscado a Joaquín?, se preguntaba. ¿O debería esperar hasta que él fuera a buscarla?

Unas horas más tarde, Joaquín entro en la oficina para hablar con Dominga. El corazón de Lucy se acelero y estuvo a punto de echarse en sus brazos, pero consiguió evitarlo. Esperando que él hiciera el primer movimiento, siguió mirándolo de soslayo. Llevaba un traje gris que le sentaba perfectamente y, por primera vez, Lucy reconoció quién era Joaquín Del Castillo. Era un millonario, un hombre de negocios, un hombre a siglos de distancia de ella. Enfrentarse con esa realidad la dejó desolada.

Pero recuperó la confianza unos segundos después. Recordaba a Joaquín riéndose con ella la noche anterior, abrazándola...

Los segundos pasaban y el ni siquiera la miraba. Y Lucy deseaba mirarlo. Necesitaba desesperadamente ver sus ojos. Pero no ocurrió. Un momento después, Joaquín salió de la oficina.

No la había visto. No podía haberla visto. En realidad, apenas era visible detrás del ordenador, se decía a sí misma. Quizá había pensado que seguía en la cama. Joaquín no la ignoraría después de lo que había ocurrido entre ellos. ¿Estaría intentando ser discreto? Torturada por la inseguridad, en cuanto llegó la hora del almuerzo fue a su despacho, pero antes de llamar escucho la voz de Yolanda. Estaba gritándole algo a su hermano y él respondía, furioso.

-¡Como si fuera una esclava! -exclamó la joven, cerrando de un portazo unos segundos después-. Joaquín me ha amenazado con retirar mis tarjetas de crédito. Me siento tan humillada.

-Yolanda, por favor, no llores -la consoló Lucy-. Seguro que no lo ha dicho en serio...

-Entonces es que no conoces a mi hermano -suspiró Yolanda-. Cree, que tiene derecho a decirme cómo debo vivir mi vida y que he tenido demasiada libertad...

-¿Demasiada? -repitió Lucy, sorprendida. La hermana de Joaquín no parecía tener libertad para hacer nada. Excepto para comprarse ropa.

-Ahora no puedo ir a ninguna parte sin carabina. ¡A mi edad! ¡Seré el hazmerreír de todo el mundo!

Yolanda se alejó por el pasillo, llorando a moco tendido y Lucy se quedó perpleja. ¿Una carabina? Aquello era una locura. Joaquín trataba a su hermana como si fuera una niña.

Lucy llamó a la puerta del despacho antes de entrar. Joaquín estaba de espaldas, pero aún así, la tensión era evidente. *El* se volvió y la miró con ojos llenos de furia.

-¿Qué quieres?

-Quizá no es el mejor momento...

-¿Y por qué no va a ser el mejor momento? -la interrumpió él.

Lucy se mordió los labios. De repente, su decisión de ir a verlo le parecía un tremendo error.

-Se que Yolanda y lo habéis tenido una discusión.

-Eso no es asunto tuyo.

-Claro que no... -Lucy empezó a decir. Pero aquel no era el mismo hombre que le había hecho el amor unas horas antes.
-¿Crees que haber compartido mi cama anoche te da algún privilegio? -preguntó Joaquín con desdén.
Lucy se quedó pálida. En ese mismo instante, perdió la fe en lo que creía haber compartido con él.
-Al menos, uno -murmuró, abriendo la puerta-. Que no tuvieras la mala educación de decirme eso.
Joaquín dio un paso hacia ella.
-Lucy.. Esta situación es insostenible. Deja de jugar. Firma el documento y vuelve a Londres.
-Pero yo...
-¡No voy a tener una aventura contigo mientras mi hermana esté bajo el mismo techo! -la interrumpió él-. Lo de anoche fue una locura.
Lucy sabía que era cierto. De repente, le parecía claro como el agua. Debía haberse vuelto loca. Sin decir otra palabra, porque no era capaz de hacerlo, salió de su despacho.

Capítulo 7

LUCY se encontró en su dormitorio sin recordar cómo había subido la escalera.
Se había comportado como una idiota, pensaba. Joaquín había llamado «locura» a lo que había ocurrido la noche anterior y ni siquiera sabía toda la verdad. No sabía que ella no era Cindy Páez, sino Lucy Fabián. Lucy estaba desesperada por reclamar su propia identidad, su propia reputación diciéndole la verdad, pero no podía hacerlo.
Había prometido proteger a Cindy. Además, sólo un loco pensaría que Joaquín iba a recibir esa confesión con alegría. Pensaría que ella y su hermana habían preparado todo aquello para engañarlo y, si era posible, sacarle dinero.
Lo mirase como lo mirase, Lucy se daba cuenta de que había quemado sus barcos el día que conoció a Joaquín Del Castillo. La mala suerte le había hecho que se enamorase de él, pero Joaquín la había rechazado y la había tratado como si fuera una basura.
El mundo de fantasía en el que había vivido durante las últimas horas se hundía bajo sus pies. Para ella, había sido el sueño de una noche, un revolcón para él. Joaquín la quería fuera de su casa y fuera de su país. No se podía decir más claro.
Y, era culpa suya. Había permitido que el la usara durante una noche, pero, no podía culparlo porque ella se había ofrecido en bandeja. Joaquín Del Castillo no la había engañado. No le había dicho una sola mentira. Y, sin embargo, se había ido a la cama con él. ¿Cómo iba a poder soportar aquella humillante verdad?
Una criada llamó en ese momento a la puerta y entró con un sobre en la mano.
Lucy descubrió que era el documento que Joaquín quería que firmase.
Tenía que volver a llamar a su hermana, no había elección. Lucy salió de su dormitorio, entró en una habitación que las criadas habían estado aireando y marcó el número de su hermana.
-¡Te dije que no volvieras a llamarme!
-¿Has hablado con Roger? -preguntó Lucy, mirando hacia la puerta.
-¿Cómo voy a hacerlo? Está en Alemania.
Lucy recordó entonces que su hermana se había quejado de que Roger estaría trabajando en Berlín hasta unos días antes de la boda.
-Lo siento, yo...
-Mira, he tenido una oferta por el apartamento y voy a aceptarla. Le enviaré el dinero a Fidelio por transferencia. ¿Estás satisfecha? Ya le contaré algo a Roger.

-Tienes que contarle la verdad, Cindy protestó Lucy.

-No puedo hacerlo. Lo que tienes que hacer tú es convencer a Joaquín Del Castillo de que ese es el único dinero que puedo devolver.

-No creo que vaya a aceptarlo.

-Dependo de tí, Lucy. Yo creo que eres tú la que ha complicado las cosas.

Lucy se puso pálida.

-He hecho lo que he podido, Cindy...

-¡Todo, excepto decir la verdad! -la inesperada introducción de otra voz femenina en la línea las dejó paralizadas. ¿Yolanda? Lucy levantó la mirada cuando la hermana de Joaquín entró en la habitación con un teléfono portátil en la mano-. Menuda cara tienes, Cindy Páez... enviar a tu hermana aquí para salvar tu pellejo.

-¿Quién es esa mujer? -preguntó su hermana.

-Da igual. Adiós, Cindy.

-Vamos a dar un paseo -sugirió Yolanda con una sonrisa, como si descubrir que Lucy era una impostora no fuera un asunto de grave importancia.

Lucy la siguió, sin decir nada. Yolanda entró en un magnífico salón, cerró la puerta y se dejó caer en un sofá.

-¿Cómo te has enterado?

-Muy fácil. Miré en tu maleta y encontré tu pasaporte. Además, en la cartera hay una bonita fotografía de dos niñas gemelas.

-Y ahora vas a contárselo a tu hermano...

-No necesariamente.

-Pero...

-Joaquín se enterara tarde o temprano. Tu hermana acabará pagando de una forma o de otra. Mi hermano siempre gana, Lucy.

-Mira, deja que te cuente la historia. Quizá así lo entiendas -suspiró Lucy.

Yolanda escucho con interés, pero no demostró simpatía alguna por Cindy.

-Sigo sin entender por que has tenido que pagar tú por algo que no has hecho.

-Cindy no sabía que iba a ocurrir esto.

-Pero le da igual lo que estas pasando. Eres demasiado buena, Lucy. Dejas que todo el mundo te pisotee.

-No es verdad...

-¡Pero si ni siquiera me has gritado por registrar tu maleta!

-Tengo cosas más importantes de las que preocuparme.

-Lo que necesitas es escapar de mi hermano y yo puedo ayudarte -anunció Yolanda. Lucy la miro, incrédula-. No puedes firmar el documento y tampoco puedes marcharte sin mi ayuda.

-Pero Joaquín es tu hermano -murmuro Lucy.

-Hermanastro -corrigió Yolanda-. Y no estoy siendo desleal. Joaquín buscará a tu hermana hasta debajo de las piedras, te lo aseguro.

Lucy sintió un escalofrío. Sólo esperaba que la transferencia que Cindy había mencionado fuera suficiente para calmar a Joaquín Del Castillo.

-¿Y cómo piensas ayudarme?

-Eso es asunto mío. Tienes unas horas para decidirte. Joaquín se marcha a Nueva York esta noche y entonces podremos trazar un plan -dijo Yolanda, levantándose del sofá-. Así que depende de tí, Lucy. Pero no tienes opción. Si no aceptas, tendré que contárselo a mi hermano.

Lucy volvió a la oficina, vacía en aquel momento, y se sentó frente al ordenador intentando calmarse. Si se marchaba de allí sin firmar el documento, Joaquín podría estropear la boda de Cindy. Pero si dejaba una carta prometiendo la transferencia, quizá con eso Joaquín se daba por satisfecho durante unas semanas. El era un hombre muy ocupado. No iba a dejarlo todo para volar a Londres por un asunto que no era de extrema urgencia.

La puerta se abrió entonces y Joaquín entro en la oficina.

Le dolía, le dolía de verdad ver aquella mirada fría en sus ojos. El dolor era insoportable.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-No me apetecía comer...

-¡Harías cualquier cosa antes de devolver el dinero a Fidelio! -exclamó el-. Pues muy bien. Si piensas, seguir haciendo esta charada hasta el final, será mejor que aprendas a hacer algo.

-¿Qué quieres decir?

Joaquín dejó un papel sobre su mesa.

-Busca este archivo a imprímelo -le ordenó. Lucy intentó hacer lo que le habían enseñado por la mañana, pero no sabía por que se molestaba. ¿A quién quería impresionar? Joaquín se estaba portando como un canalla-. ¿Vas a tardar todo el día?

Lucy no podía aguantar más y furiosa, golpeó la mesa con el puno.

-¡No me hables así! -exclamó, levantándose.

-Firma el documento.

-Por Dios bendito...

-Si lo firmas... puede que te llame la próxima vez que vaya a Londres -dijo Joaquín entonces.

Completamente desconcertada, Lucy parpadeó.

-No te entiendo...

-¿Atraes lo peor de mi naturaleza, querida.

Lucy abrió la boca, atónita.

Joaquín la miró de arriba abajo, clavando los ojos verdes en la curva de sus pechos. Después, deslizo la mirada por sus muslos, como recordándole lo que habían compartido la noche anterior. Lucy se puso colorada hasta la raíz del cabello.

Su potente magnetismo era casi irresistible, pero tenía que resistir, se decía. La sugerencia de que <quizá> podría llamarla cuando fuera a Londres era un insulto insoportable.

-Por otro lado, soy soltero y puedo permitirme estar contigo -siguió diciendo él-. ¿Por qué no voy a disfrutar de algún encuentro ocasional?

Lucy no daba crédito. No creía haberse hundido tanto como para tener que soportar aquella ofensa. Joaquín Del Castillo sabía muy bien el poder que ejercía sobre ella. Era la humillación final.

-Tú crees... crees que estoy loca por tí, ¿verdad? -preguntó. Joaquín abrió los brazos en un gesto que era todo, menos humilde-. Y piensas usarlo para que haga todo lo que lo quieras.

Joaquín asintió, con descaro.

Lucy recordó la noche anterior. Ella no era actriz y seguramente se había traicionado a sí misma cien veces. Se sentía degradada por la desagradable proposición.

-Entiendo que te moleste, querida -dijo él, con tono suave-. Los hombres siempre se han vuelto locos por tí, pero esta vez va a ser diferente.

-Si eres tan estúpido que crees poder reducirme al nivel de una buscona con la que puedes pasar la noche cuando quieras...

-Que palabras tan emotivas -la interrumpió Joaquín-. Anoche no pusiste ninguna barrera. Me deseabas demasiado como para ser calculadora. Pero ahora te estoy ofreciendo un arreglo para el que estás muy capacitada...

-¡No lo estoy! -exclamó ella, indignada.

Joaquín se encogió de hombros.

-En esta vida, todos acabamos eligiendo lo mejor que nos ofrecen. De modo que elige entre el dinero que le debes a Fidelio o... yo. Puedes tener una de las dos cosas, pero no las dos. Y si me eliges a mí, será con mis reglas.

-¡No puedo creer que me estes hablando así!

-Ningún hombre te tendría detrás de un ordenador, querida. Te has cargado el sistema, por cierto. Ahora tendré que llamar a mi oficina de Londres para que me den ese informe -añadió, volviéndose. Lucy miró con horror la pantalla del ordenador, que se había quedado en blanco. Pero lo que más la horrorizaba era que Joaquín tenía una oficina en Londres. ¿Cuántas veces al mes iría allí? Mortificada por aquel absurdo pensamiento, se odió a sí misma. Le daba igual que fuera todos los días porque no pensaba volver a verlo jamás. Joaquín Del Castillo creía que podía tenerla cuando quisiera, pero estaba equivocado.

Lucy fue a buscar a Yolanda y la encontró en el gimnasio.

-He pensado en lo que me has dicho. Y quiero que me ayudes. Necesito volver a mi casa.

- Veo que mi hermano ha vuelto a hacer de las suyas.

-¡Esto no tiene nada que ver con tu hermano!

-Estoy deseando ver la cara de Joaquín cuando descubra que las dos hemos desaparecido.

Capítulo 8

AQUELLA noche, Lucy aprendió lo vergonzosa que era una huida cuando Yolanda del Castillo era la protagonista.

Aliviada cuando la joven se quedó dormida, Lucy se echó hacia atrás en su asiento. Llevaban una hora en el avión que las llevaría a Londres y tenía los nervios destrozados, pero debía reconocer que Yolanda había planeado su escapada con gran eficacia.

Mientras Lucy sudaba sangre escribiendo una carta a Joaquín sobre la transferencia que Cindy le había prometido, la criada de Yolanda había hecho sus maletas. Después, la habían llevado por una puerta trasera donde la joven la esperaba en el asiento trasero de un todoterreno.

-Date prisa -susurró. Lucy había descubierto entonces por que era tan importante para los planes de Yolanda del Castillo. La joven había visto su permiso de conducir en la maleta-. Yo no se conducir. Siempre me lleva alguien, pero si le pido a algun empleado que me lleve al aeropuerto, mi hermano se enteraría.

El viaje había sido una pesadilla. Además de la carretera polvorienta y el tráfico imposible en la ciudad de Guatemala, cuando por fin llegaron al aeropuerto, le aguardaba algo peor.

Incluso dos horas después, Lucy seguía recordando el número que Yolanda había montado cuando le dijeron que no quedaban asientos libres en el avión. A veces había proclamado que era Yolanda del Castillo hasta que había conseguido lo que quería.

-Joaquín es muy respetado en nuestro país, así que echaran a otros dos pasajeros para meternos a nosotras -había dicho la joven mimada-. Después de todo, es un honor para ellos que yo viaje con esta compañía.

Y debía ser cierto porque consiguieron dos asientos.

Pero después, Yolanda había vuelto a montar un espectáculo para que les dieran asientos de primera clase, mientras los demás pasajeros las miraban con reprobación.

Lucy había empezado a pensar que Joaquín hacía bien intentando controlar a su hermanita. Yolanda era inmadura, incontrolable y no tenía escrúpulos. Era más una adolescente que una mujer adulta.

-Me caes muy bien, Lucy -le había dicho antes de quedarse dormida-. Cuando tenga mi propio apartamento en Londres podrás venir a visitarme.

Lucy tuvo que sonreír. A pesar de la sofisticación, no era más que una niña que no sabía que hacer con la libertad que exigía a gritos.

Cada minuto que pasaba, alejándola de Joaquín, Lucy se sentía más triste. ¿Qué diría Cindy cuando volviera sin haber solucionado los problemas? Y Joaquín se pondría aún más furioso cuando descubriera

que Lucy se había marchado con su hermana. Hiciera lo que hiciera, tenía todas las de perder...

-Te llamare cuando tenga tiempo -le prometió Yolanda mientras el taxista guardaba sus maletas en el aeropuerto de Heathrow-. Pero no esperes que te llame enseguida. Tengo muchísimas cosas que hacer.

Lucy fue al apartamento de su hermana y Cindy la recibió con un abrazo.

-¡Gracias a Dios! ¿Lo has arreglado todo?

-No.

-No habrás firmado el documento, ¿verdad?

Lucy negó con la cabeza y le explicó a su hermana la situación que había dejado atrás. Cindy la miró, perpleja.

-¿Por qué lo llamas así?

-¿Cómo?

-Joaquín...

-No lo digo de ninguna forma, es que se llama así.

-¿Te has enamorado del hombre que quiere destrozarme la vida?

-Con un poco de suerte, no lo haré. Pero sólo si envías esa transferencia.

-Y lo haré. Pero ahora eres tú quien me importa.

-Sólo quiero olvidar que he estado en Guatemala -suspiró Lucy.

-Bueno, si ese Del Castillo viene buscando problemas, no me encontrará. Me han contratado para hacer el maquillaje de un anuncio que va a rodarse en Escocia este fin de semana y tengo que estar en el estudio dentro de una hora.

-Eso suena divertido -murmuró Lucy, disimulando su decepción.

-Pero no podré ayudarte a sacar tus cosas del apartamento. Los compradores quieren instalarse enseguida. Aún no he decidido qué voy a decirle a Roger.

-Pensé que estarías furiosa conmigo por haber vuelto a casa sin arreglar las cosas.

-La hermana de Joaquín tenía razón. ¿Por qué tenías tú que arreglar mis problemas? -sonrió Cindy-. Siento mucho haberte metido en este lío.

Desde luego, eran dos hermanas muy diferentes. Cindy se había asustado al enterarse de la deuda contraída con Fidelio, pero pronto se había tomado las cosas con calma.

Treinta minutos después, en el taxi que la llevaba a su casa, Lucy suspiró. Las calles llenas de coches y el cielo gris de Londres eran feísimos comparadas con los brillantes colores de Guatemala. Pero debía pensar en la boda de Cindy y después, en las navidades. Siempre le habían gustado las navidades. Aunque Roger y Cindy estarían de luna de miel y ella se sentiría un poco sola...

Dos semanas después, Lucy se mudó al apartamento de su hermana. Cindy estaba en Oxford, en casa de los padres de Roger hasta que él volviera de Alemania. Sólo faltaban tres días para la boda.

Mientras estaba colocando su ropa en el armario, Lucy tuvo que sentarse para descansar. Estaba cansada desde que volvió de Guatemala. Además, le dolía el estómago y se había mareado un par de veces.

Quizá había pillado alguna infección, pensó. Se había hecho algunas pruebas, pero aún no había ido a buscar el resultado.

Cuando estaba haciendo la cama sonó el telefonillo. Lucy fue a abrir y al pasar delante del espejo, comprobó que estaba demacrada. Además, después de haber llevado los vestidos de su hermana, se encontraba fea con su propia ropa. El jersey azul y la falda que llevaba eran muy cómodos, pero no tenían estilo.

Pero no le quedaba más remedio que aguantarse porque eso era lo que tenía. Había encontrado un trabajo para las navidades en una tienda de juguetes, pero tenía que empezar a buscar un apartamento porque no quería quedarse en casa de su hermana mucho tiempo.

-¿Sí? -dijo, descolgando el telefonillo.

-Abreme -escuchó la voz de Joaquín, con un tono amenazador.

Lucy se quedó paralizada.

-Pero...

-Ahora mismo, Lucy.

Sin saber que hacer, ella apretó el botón. Además del miedo, no podía evitar una sensación de alegría. ¡Él estaba en Londres! Iba a verlo... Lucy se quedó parada con la mano en el picaporte. ¿En que estaba pensando?

Ver a Joaquín Del Castillo sería como dar un paso atrás. Aunque tampoco había podido recuperarse demasiado. Después de todo, seguía pensando en él cada diez minutos.

Cuando escuchó el ascensor, Lucy intentó cerrar la puerta del apartamento.

-Lo siento, pero no es buena idea...

Joaquín empujó la puerta sin miramientos.

-¿Dónde está Yolanda?

Desconcertada por su agresiva actitud, Lucy se quedó mirándolo sin decir nada. Joaquín parecía haber pasado un infierno desde que no se habían visto. Estaba más delgado y sus ojos parecían haberse oscurecido.

Naturalmente, él estaba furioso por la desaparición de su hermana. A pesar de todo, Lucy sintió una punzada de decepción al darse cuenta de que su visita no tenía nada que ver con ella.

-No puedo decirte dónde está...

-¡O me lo dices a mí o se lo dices a la policía! -la interrumpió él.

-¿La policía? -repitió Lucy, incrédula.

-¿Cómo pudiste ayudar a Yolanda a escapar de casa? Mi hermana me dejó una carta en la que decía que había vuelto al colegio y yo no me molesté en comprobarlo hasta una semana después.

-¿Al colegio? -repitió Lucy.

Joaquín se pasó una mano por el pelo.

-Cuando descubrí que no estaba en el colegio, imaginé que estaría contigo. Este apartamento lleva una semana bajo vigilancia...

-¿Por qué hablas del colegio?

-¿Y dónde va a ir una chica de dieciséis años?

-¿Dieciséis años? No puede ser. Es imposible que tenga esa edad -dijo Lucy, incrédula.

-¿Dónde está?

Lucy se sentía culpable. Se había dejado engañar por una cría acostumbrada a salirse siempre con la suya. Pero debería haber sospechado la verdad al comprobar su comportamiento inmaduro en el aeropuerto.

-Yo no sabía que tenía dieciséis años, Joaquín.

-Lo único que necesito saber es dónde está mi hermana. Olvidaré este asunto si aparece sana y salva.

-Suele llamarme casi todos los días. La semana pasada se fue a París para visitar a una amiga suya, Loretta...

-¿Cómo se llama Loretta de apellido? -preguntó Joaquín, sacando un teléfono móvil del bolsillo.

-No lo sé. Pero da igual porque está de vuelta en Londres. Ayer estuvimos juntas -confesó Lucy-. Me dijo que estaba en un hotel, pero no me dijo cuál y yo no le pregunté. Yo le habría dicho que se quedara aquí conmigo, pero...

-¿Habría sido un estorbo? -la interrumpió él. Lucy se quedó pálida. Pero no podía explicarle que aquel no era su apartamento sin decirle que ella no era Cindy y en aquel momento había cosas más importantes que resolver-. ¿Tienes su número de teléfono?

-No. Siempre me llama ella. Joaquín, te juro que yo no sabía que edad tenía.

Pero él no estaba escuchando. Estaba llamando a alguien y hablando en español agitadamente, moviéndose por el apartamento. Lucy había olvidado su energía, la manera en la que parecía dominar una habitación cuando entraba en ella y... una ola de deseo que hubiera querido controlar, la asaltó.

-¿A qué número te llama Yolanda, al de este apartamento? -preguntó Joaquín, volviéndose hacia ella.

-No... tu hermana me regaló ayer un móvil porque era mi cumpleaños, pero aún no me ha llamado -contestó Lucy. No quería contarle que Yolanda la había estado llamando al otro apartamento. Todo era demasiado complicado.

-Entonces, tú y ese móvil vais a venir a mi casa. Y no me contradigas. No voy a dejar que te apartes de mi lado hasta que encuentre a mi hermana.

Lucy se levantó sin discutir. Se sentía en cierto modo culpable por la situación.

-Voy a cambiarme.

-¿Por qué vas vestida así? -preguntó Joaquín, con el ceño fruncido.

-¿A qué te refieres?

-Esa ropa parece la de una mujer a la que no le importa su aspecto.

Lucy salió del salón sin contestar. Joaquín la había visto como era en realidad y no parecía muy entusiasmado. Sorprendida consigo misma, entró en la habitación de su hermana y se puso una falda negra, un estrecho jersey azul claro y zapatos de tacón. Se negaba a pensar por qué lo hacía, pero lo hizo de todas formas.

Joaquín la miró de arriba abajo cuando volvió a aparecer en el salón y Lucy se puso colorada cuando sintió los ojos del hombre clavados en su jersey. Ponerse algo más atractivo después de su corrientario debía haberlo confirmado en su idea de que estaba loca por él.

En la calle los esperaba una limusina y Lucy se acomodó en el lujoso asiento de piel.

-Tienes suerte de que no haya llamado a la policía -dijo Joaquín con una mirada de advertencia-. Mi hermana es muy rica. Si no hubiera descubierto que había venido contigo a Londres, habría sospechado que era un secuestro.

-Por última vez, yo no sabía que Yolanda tenía dieciséis años -insistió Lucy.

-¿Y no es extraño que con vuestra diferencia de edad os lleveis tan bien? Eso debería decirte algo.

Lucy decidió ignorar la ironía.

-¿La madre de Yolanda ha venido contigo?

-No. A Beatriz no le interesa mucho su hija.

-¿Por qué?

-Beatriz era la segunda mujer de mi padre y mucho más joven que él -contestó Joaquín-. Cuando mi padre murió, volvió a casarse y... digamos que tuvo algunos problemas.

-¿Qué quieres decir?

-Beatriz y su nuevo marido tenían la responsabilidad de administrar los fondos de mi hermana, pero diversas irregularidades hicieron que el consejo de administración cambiase de testaferros cuando Yolanda tenía nueve años -explicó Joaquín, con aquella sonrisa irritantemente irónica-. Cuando Beatriz vio que no podía tocar el dinero de su hija, dejó de interesarse por ella y la envió a un colegio inglés.

-Sabía que Yolanda y su madre no tenían mucha relación, pero...

-Beatriz no podía soportar tener una hija con más dinero que ella. Aunque su marido es el propietario de una empresa de construcción y no son precisamente pobres.

-¿Tenías mucho contacto con Yolanda cuando estaba en el colegio?

-No demasiado porque Beatriz no lo permitía. Pero cuando la expulsaron temporalmente del colegio...

-¿Qué hizo?

-Fue a un club nocturno y le hicieron unas fotografías que salieron en todos los periódicos de Guatemala -contestó él-. Beatriz dijo que no podía hacerse cargo de una hija tan rebelde y me la envió a mí. Pero cuando la suspensión terminó, Yolanda se negó a volver al colegio.

-Por eso discutíais -murmuró Lucy.

En ese momento, el conductor abrió la puerta y ella lo miró, sorprendida. Estaba tan concentrada en la conversación que no se había dado cuenta de que la limusina había parado frente a una impresionante casa victoriana.

-¿Dónde está el teléfono que te regaló Yolanda?

-Aquí -murmuró Lucy, sacando el móvil del bolso.

-¡Si ni siquiera está encendido! -exclamó Joaquín.

-Es que aún no he tenido tiempo de leer las instrucciones...

-No hay llamadas perdidas -la interrumpió él .

Los ojos de Lucy se llenaron de lágrimas. Con aquel hombre, siempre lo hacía todo mal. Y se había portado como una tonta al ponerse la ropa de su hermana. Estaba claro que Joaquín ni siquiera la miraba. Ella ya no era un misterio. La apasionada noche en la Hacienda de Oro había sido un error. Y dos semanas después, él se comportaba como si no la conociera de nada.

-Si llama Yolanda, no le digas que estoy aquí -la advirtió él. Lucy asintió-. Tendrás que enterarte de dónde está. No quiero que vuelva a desaparecer.

Lucy volvió a asentir.

¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué perdía la voluntad con aquel hombre? Joaquín del Castillo había sugerido que quizá la llamaría de vez en cuando para pasar una noche de diversión. No se podía ser más ofensivo.

De hecho, si se atrevía a ponerle un dedo encima, Lucy se pondría a gritar. Pero no parecía a punto de tener esa oportunidad.

Un mayordomo apareció entonces con una bandeja de café, pero Joaquín hizo un gesto de desinterés. Mientras paseaba por el salón, Lucy se sirvió una taza, nerviosa.

-¡Maldita sea! ¿Qué le voy a decir a mi hermana cuando consiga verla?

Aquella pregunta tocó el corazón de Lucy. Con aquel traje de raya diplomática parecía tan seguro de sí mismo... pero no era así. Joaquín del Castillo, el poderoso hacendado guatemalteco tenía miedo.

-Creo que lo que tu hermana necesita es saber que la quieres...

-¡Ella ya sabe eso!

-Yo no estaría tan segura. Y si no quiere volver al colegio, al menos dale la oportunidad de explicarte que es lo que quiere hacer.

Joaquín levantó una ceja.

-¿Quieres que le diga que sí a todo? ¿Que acepte que no vuelva al colegio y haga lo que le de la gana?

Lucy se levantó del sillón.

-No. Sólo que la escuches.

Joaquín levantó las manos, frustrado.

-Yo sé lo que es mejor para mi hermana...

-Apenas la conoces. ¿Cómo puedes saber lo que es mejor para ella? -preguntó Lucy.

El la miró, con aquellos hermosos ojos verdes llenos de frialdad.

-Te advierto que esa actitud no te va a servir de nada con Yolanda. Ella es tan testaruda como tú.

Joaquín se quedó pensativo durante unos segundos.

-Lo siento, querida -murmuró, levantando su barbilla con un dedo-. Nunca se me ha dado muy bien escuchar.

Aquella palabra cariñosa hizo que a Lucy se le formara un nudo en la garganta.

-Solo quería...

-Tienes razón. He cometido errores con mi hermana y no puedo volver a cometerlos murmuró él. Joaquín estaba tan cerca que Lucy había perdido el hilo de la conversación. Sus ojos verdes la llenaban de un

deseo tan poderoso que tuvo que apretar los puños para no abrazarlo-. ¿Dónde has estado durante estas dos semanas?

-En mi apartamento... en el que tú decías que no existía -contestó

Lucy, recordando que Joaquín seguía creyéndola Cindy-. Está vendido y tengo que marcharme para que lo ocupe el comprador.

-En la lista de tus propiedades no aparecía ese apartamento.

-Pues no lo entiendo...

En medio del silencio, Lucy casi creía oír los latidos de su corazón. Joaquín no se había agartado y el calor de sus manos la hacía sentir la misma tensión que había existido entre ellos la noche que hicieron el amor.

-Dios mío -murmuró Joaquín, enredando los dedos en su pelo-. ¿Sabes lo difícil que me resultó llevarte a tu cama aquella mañana? No me gustó nada. No me gustó nada estar tan ansioso de ti, gatita. No me gustaba desear como un loco tenerte de nuevo debajo de mí...

-¿No? -murmuró ella, sin saber lo que decía, hipnotizada por sus palabras.

-No -confirmó Joaquín con voz ronca-. Sólo un hombre débil permite que el deseo desafíe a la razón. Pero dos semanas son mucho tiempo. .

-¿Me has echado de menos?

-Cada día -contestó él, atrayéndola hacia sí-. Y más duchas frías de las que tú puedas imaginar. Pero ahora se que es lo que me atrae tanto de ti. Tienes doble personalidad, querida.

Lucy parpadeó, sorprendida.

-¿Qué quieres decir?

El inclinó la cabeza para rozar sus labios con la punta de la lengua, en una caricia experta que la dejó sin habla.

-Por supuesto, se que eres... se de lo que eres capaz -murmuró Joaquín-. Pero llevas tus habilidades hasta un nivel desconocido.

-No sé de qué estás hablando...

Joaquín se dejó caer en el sofá, arrastrándola con él. Echando su cabeza hacia atrás con una mano, la besó en el cuello y Lucy no pudo evitar un gemido, sintiéndose encendida.

-¿No es verdad? -preguntó él, sujetando su cara entre las manos para mirarla a los ojos-. Eres como un camaleón. Le das a cada hombre lo que quiere; de hecho, lo conviertes en lo que quiere.

-Joaquín, yo...

-Calla -murmuró él, poniendo un dedo sobre sus labios.

-Pero...

-Es el secreto de tu éxito. ¿Cuándo leíste sobre la cultura maya para impresionarme? ¿En mi propia biblioteca? Y ese romántico baño que tomaste en medio de la jungla, sabiendo que yo iba tras de ti...

-¡Te equivocas!

-Y aquella noche en mi cama, como la virgen enfebrecida con la que sueñan todos los hombres. Era una ilusión, naturalmente, pero una interpretación fantástica -dijo Joaquín, acariciando sus muslos. Aquella caricia la hizo temblar, pero Lucy no podía perder la cabeza-. te he dicho que puedes seguir convirtiéndote en todo lo que yo quiero? No pares, me encanta.

-¡Me estás llamando falsa! -exclamó ella. Pero se dio cuenta de que era cierto. Un nombre falso, una apariencia falsa, todo era falso en ella.

-Dentro de un segundo te pondras a llorar sonrió Joaquín-. Y aunque sé que es mentira, me siento como un canalla.

-¡Suéltame! -gritó Lucy.

-No... -murmuró Joaquín, besándola con repentina pasión.

Ella intentó empujarlo, pero al tocarlo su resistencia desapareció. Su deseo por el era más grande que sus escrúpulos. Joaquín intentó colocarse aún más cerca; una operación complicada ya que no parecía querer separarse de ella ni un centímetro.

-Puedes encenderme con un beso, gatita susurró, sin aliento.

Lucy lo miró, preguntándose cómo habían terminado tirados en el sofá, pero disfrutando del peso del hombre sobre su cuerpo. Y entonces escucharon el teléfono móvil...

Joaquín se levantó de un salto, tomó el móvil de la mesa y se lo dio con mano temblorosa.

-Intenta parecer natural.

Pero Lucy no tuvo que mentir. En realidad, casi no tuvo que decir nada. A Yolanda le habían robado el bolso en unos grandes almacenes y estaba llorando.

-No tengo dinero ni tarjetas de crédito... ¿qué hago?

-Llegaremos enseguida, no te preocupes le prometió Lucy.

Un segundo después, estaban de camino en la limusina.

-Has traicionado mi presencia con ese <llegaremos> -dijo Joaquín.

-Yolanda está demasiado agitada como para darse cuenta -murmuró Lucy.

Yolanda, que no era nadie sin sus tarjetas de crédito, se quedó paralizada un momento al ver a su hermano, pero al final se lanzó a los brazos de Joaquín buscando consuelo y Lucy se sintió como una extraña.

Como había pocas esperanzas de recuperar el bolso, Joaquín sugirió que pusieran una denuncia en comisaría y cancelaran las tarjetas.

Después irían al hotel de Yolanda para hacer las maletas.

-Puedes venir conmigo, Lucy -sonrió la joven.

-Me gustaría, pero esta tarde tengo una reunión -dijo Lucy.

-Pero necesito compañía -protestó Yolanda.

-Ven a cenar a casa con nosotros -dijo Joaquín.

-Lo siento, pero tengo que irme. Te importaría dejarme en una parada de autobús?

Era el momento de cortar toda conexión con Joaquín y Yolanda del Castillo. Cindy había contratado los servicios de un abogado que se encargaría de la transferencia a su suegro y Lucy no tenía por qué seguir haciendo el papel de su hermana. En cualquier caso, la propia Cindy informaría a Joaquín sobre ello y, probablemente, se reiría de cómo lo había engañado.

Como los Del Castillo no estaban acostumbrados a recibir negativas, los dos se quedaron mirándola con extrañeza.

-Te llamaré -dijo Yolanda cuando Lucy salió de la limusina.

Joaquín la miró, pero ella no le devolvió la mirada. El habría invitado a un chimpancé a cenar si creyera que eso haría feliz a su hermana, penso con amargura.

Cuando volvía al apartamento, desanimada, Lucy pasó por delante de la clínica y entró para pedir los resultados de sus pruebas.

La recepcionista comprobó sus notas.

-Tiene que volver a venir.

-¿Para qué? -preguntó Lucy, sorprendida-. ¿Es que han encontrado algo?

-Supongo que es lo normal en un primer embarazo -contestó la joven-. Si quiere, puedo llamar al doctor Goldman. Es imposible entender su letra.

Capítulo 9

EMBARAZADA?

No había posibilidad de error, le había asegurado su médico. Las pruebas estaban tan avanzadas que podían detectar un embarazo incluso antes de que el ciclo menstrual se hubiera interrumpido. Lucy salió de la clínica como si hubiera sufrido un accidente.

La posibilidad de estar embarazada ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Ni la noche que estuvo con Joaquín ni después. Nunca se le había ocurrido usar métodos anticonceptivos porque no había mantenido relaciones con ningún hombre y siempre había pensado que la primera vez sería imposible. Le resultaba increíble pensar que aquella noche de pasión con Joaquín del Castillo iba a dar como resultado un niño. Un hijo.

Pero después de saber que estaba embarazada, Lucy se sentía avergonzada por su irresponsable actitud. Un hijo. El hijo de Joaquín. Imaginaba que él recibiría la noticia con indignación. Pero él había sido tan poco cuidadoso como ella. ¿Debía suponer que un hombre tan experimentado como Joaquín del Castillo se había sentido tan abrumado de deseo que olvidó usar o mencionar un método anticonceptivo? En realidad, no había sido sólo una vez. Habían sido muchas veces durante aquella noche y no era tan extraño que hubiera quedado embarazada. Si Joaquín hubiera decidido tener un hijo, no podría haber sido más insistente...

A la mañana siguiente, después de una noche sin dormir, Lucy estaba limpiando la cocina para mantenerse ocupada cuando oyó que alguien abría la puerta.

-¿Lucy?

Ella se quedó sorprendida al escuchar la voz de su futuro cuñado.

-¡Estoy aquí, Roger!

Roger Harkness apareció en la puerta de la cocina. Era un chico alto de pelo claro y ojos azules.

-Cindy me dijo que gritara antes de entrar para no darte un susto.

-Pensé que estaríais en Oxford hasta mañana.

-Cindy ha tenido que quedarse, pero yo tengo que hacer un informe sobre mi viaje a Berlín antes de irme de luna de miel.

-Qué pena.

-Tengo que presentarlo mañana a primera hora y terminaré antes si lo hago aquí.

-No he tocado nada en mi habitación, así que el ordenador sigue estando allí -sonrió Lucy.

-Sí, claro -sonrió él, pero no era una sonrisa muy convincente-. Bueno, estoy muy cansado así que voy a tumbarme un rato antes de empezar a trabajar.

Cuando Roger se dirigió a la habitación, Lucy se mordió los labios. Tenía que encontrar un apartamento cuanto antes. No quería molestar a una pareja de recién casados. Incluso quedarse en la habitación de invitados era una incomodidad y Roger no parecía tan simpático como siempre.

Pobre Cindy, pensó Lucy. Su hermana había estado deseando que Roger volviera de Berlín, pero tenían que separarse durante todo un día para que él terminara su informe. Roger había vuelto la noche anterior, de modo que habían estado juntos muy poco tiempo y Cindy no habría tenido tiempo de contarle nada. Aunque, en realidad, cuando le contara su hermana los problemas que había tenido con Joaquín del Castillo era problema suyo.

Lucy tenía suficientes problemas. Aún no había pensado que iba a hacer con su embarazo, pero no estaba preparada para considerar la idea de librarse del niño. Tendría a su hijo. Pero, ¿de qué vivirían? Estaba muy bien hacer planes fantásticos para criar a su hijo sola, pero Lucy sabía que iba a pasarlo mal.

No ganaba suficiente dinero para pagar un apartamento y una guardería. Había ayudas oficiales para madres solteras, pero no sabía si podía solicitarlas. No tenía ni idea de cómo viviría, dónde viviría...

En ese momento de pánico, sonó el timbre. Le sorprendió que no sonara antes el telefonillo, pero perdida como estaba en sus pensamientos, Lucy abrió la puerta.

-En este edificio no hay ninguna seguridad -sonrió Joaquín del Castillo-. El portal estaba abierto.

Lucy se sentía abrumada de felicidad al verlo, guapísimo como siempre.

-Joaquín... -empezó a decir cuando pudo pensar. Acababa de darse cuenta de que Roger estaba en el apartamento. Roger, que no sabía nada de Joaquín del Castillo. Pero Joaquín sí había oído hablar de Roger, el prometido de Cindy. Y si los dos hombres se encontraban... ¿qué explicaciones podría dar? Si Roger tenía que enterarse de que su prometida y ella habían intercambiado sus personalidades durante su estancia en Berlín, lo mejor sería que no se enterase por un hombre que la despreciaba tanto como Joaquín del Castillo.

-¿Por qué me miras así? -preguntó él, entrando tranquilamente.

-Lo siento. No te esperaba -murmuró Lucy, intentando buscar la forma de sacarlo de allí.

-¿Siempre estás tan rara por las mañanas? -sonrió él, cerrando la puerta.

Lucy descubrió que no podía mirar los ojos verdes del hombre sin pensar que había concebido a su hijo. Y tener otro secreto que esconder de Joaquín era demasiado para Lucy, que empezó a sentir náuseas.

-¿Te encuentras bien?

Ella salió corriendo al cuarto de baño. Estaba enferma, pero tuvo fuerzas para cerrar la puerta con llave.

-¡Lucy, abre la puerta! -gritó Joaquín, impaciente, golpeando la puerta. Lucy abrió unos segundos después, mareada-. ¿Qué habría pasado si te hubieras desmayado? -preguntó él, tomándola en brazos para llevarla al sofá-. Voy a llamar al médico. No eres una persona muy sana, querida. Creo que deberías hacerte un chequeo.

-No, yo...

-Túmbate aquí -ordenó Joaquín, sacando el móvil del bolsillo-. ¿Cómo he podido criticar que no hayas trabajado durante mucho tiempo? Creo que necesitas ir a un médico.

-No necesito ningún médico -dijo Lucy, intentando levantarse.

-Deja que yo te diga lo que necesitas -insistió él.

-Pero es que no sabes...

-Sé que no es normal estar de color verde.

-Estoy embarazada.

La confesión escapó de su boca sin pensar. Estaba tan agobiada, tan enferma, tan asustada...

Joaquín dejó caer el teléfono sin querer, pero se recuperó enseguida.

-Sí. Necesitas ver a un médico.

-Perdón, no quería molestar -escucharon otra voz masculina. Lucy se había olvidado por completo de Roger, envuelta en el drama de haberle contado a Joaquín que estaba embarazada. Cuando se volvió vio a Roger saliendo del salón, avergonzado por lo que acababa de escuchar sin querer.

-¡Ahora entiendo que estuvieras tan rara cuando me viste aparecer! -exclamó Joaquín entonces. Su bronceada piel había adquirido un tono ceniza.

-Creo... creo que es el momento de explicarte algo -murmuró Lucy, sabiendo que debía confesar toda la verdad-. Pero deberíamos ir a otro sitio porque es algo muy privado.

-Roger Harkness... no tienes que explicarme su presencia en tu apartamento -dijo Joaquín, guardando el teléfono en el bolsillo-. Has vuelto a la cama con tu prometido después de acostarte conmigo. No te ofrecí algo suficientemente atractivo como para evitar que te metieras en la cama con otro hombre. ¡Anoche volviste aquí con él... como una cualquiera!

-Lucy se quedó pálida.

-No es así, Joaquín. Escúchame...

Él la miró, furioso.

-Y ahora estás embarazada y no sabes quién el padre... No te preocupes, te harás una prueba de ADN cuando haya nacido el niño. ¡Y por momento, puedes volver con él si quieres, no antes de que le haya dado una paliza!

Lucy se quedó paralizada por aquella violencia. Sólo cuando Joaquín salió del salón en busca de Roger, recuperó el movimiento de sus piernas salió tras él.

-¡Joaquín, espera un momento, por Dios!

-Pero Joaquín estaba abriendo todas las puertas buscando a Roger. Afortunadamente, su cuñado había tenido suficiente sentido común como para marcharse del apartamento para dejarlos hablar en paz.

-¡Maldita sea! ¿Qué clase de cobarde es ese hombre?

-Por favor, cálmate un poco y escúchame urgió Lucy.

Joaquín se volvió hacia ella con los ojos llenos de ira.

-¿Escuchar? ¿Qué quieres, convencerme de que ese niño es mi hijo? ¡Me quemaré en el infierno antes de volver a escucharte!

-Después de decir aquello, Joaquín salió del apartamento.

- Lucy estaba llorando en el sofá cuando Roger volvió a aparecer.

-Así que ese es Joaquín del Castillo. Pues lo siento mucho por él -murmuró, intentando consolarla. Lucy lo miró, sorprendida. Pensaba que Cindy no le habría contado nada-. Sí, lo sé todo. Cindy me tuvo despierto hasta el amanecer contándome la historia. Lo que yo no sabía era esa otra parte que escuché sin querer al entrar en el salón.

-Cindy no lo sabe y no pienso decírselo todavía -murmuró Lucy, angustiada. El hombre al que amaba, el padre de su hijo había salido de su vida pensando toda clase de cosas horribles sobre ella.

-Quiero darte las gracias por haber hecho lo que hiciste. Te debemos mucho -dijo Roger-. Si Cindy hubiera acudido a Guatemala, con su genio probablemente ahora estaría acusada de estafa o algo peor. La verdad es que fue una suerte que tú quisieras hacerte pasar por ella.

-No, yo...

Lucy se sentía avergonzada. Se daba cuenta de que Roger estaba enfadado con su hermana.

-Con mi ayuda, Cindy le pagará a ese hombre todo lo que le debe.

-Pero ella no quería hacerle daño a nadie dijo Lucy antes de que Roger saliera de la habitación.

Desde luego, estaba metida en un buen lío. Y además, tendría que esperar hasta después de la boda para contarle a Joaquín cuál era su verdadera identidad.

Roger había perdido la fe en Cindy y lo último que necesitaba era verla enfrentándose con Joaquín del Castillo. Lucy sospechaba que Roger usado el informe para su empresa como excusa para poner distancia entre Cindy y él, le daba vueltas a lo que había sabido de su pasado. ¿Y si decidía cancelar la boda? Cindy debía estar pasándolo fatal, tenía que aparentar que todo iba bien delante familia.

De modo que, aunque deseaba ir a ver a Joaquín para explicarle lo que había ocurrido sin más tiempo, sabía que no podía arriesgarse le dolía dejar que Joaquín pensara que había estado con otro hombre. En la tarde, Lucy salió a dar un paseo. Roger había estado paseando por el apartamento, y ella no había querido molestarlo.

Yolanda la llamó al móvil en ese momento.

-¿Joaquín sigue contigo?

-No -contestó Lucy.

-¿Te ha ofrecido un trabajo?

-¿Qué trabajo?

Ella le contó que estaba dispuesta a volver al colegio, pero no como interna. Joaquín le había dicho que no quería que se quedase sola en cuando él no estuviera en Londres.

-Así que sugirió que tú podrías ser mi acompañante -terminó Yolanda alegremente.

Lucy miró al cielo. Aunque Joaquín no se hubiera marchado pensando que se acostaba con otro hombre, no le habría ofrecido el trabajo al saber que estaba embarazada.

-Gracias, pero no creo que fuera buena idea...

-Lucy, estás loca por mi hermano y a mí me caes fenomenal. Si Joaquín te viera a menudo, podría sentirse atraído por ti.

-No lo creo -dijo Lucy, sin saber si reír o llorar.

-¿Por qué no le has dicho que tú no eres Cindy? ¿Quieres que se lo diga yo?

-Por favor, no lo hagas. Te prometo que se lo diré dentro de un par de días. Siento mucho que tengas que guardarme el secreto.

-Venga, Lucy. ¿Es que crees que yo se lo cuento todo?

Lucy salió del coche con el ramo de flores en la mano y siguió a las otras damas de honor.

Todas llevaban un precioso -vestido de brocado blanco ya que Cindy, tan original como siempre, había elegido un vestido de novia de color rosa. Radiante, su hermana salió del coche y tomó el brazo del padre de Roger.

-Llegas temprano -dijo el padrino-. Roger no ha llegado todavía.

-¿Dónde está? -preguntó Cindy, pálida.

-¡En un atasco! Llegará en cinco minutos.

El día anterior, Lucy había estado varias horas de paseo. Cindy había vuelto al apartamento para hacer las paces con Roger y no había querido estar. No tenía ni idea de lo que había pasado pero Cindy seguía nerviosa, convencida de su novio no estaba decidido del todo a casarse con ella.

-Un deportivo paró en ese momento frente a la iglesia y, atónita, Lucy vio a Joaquín del Castillo salir del coche como una bala.

-¿Es Roger? -preguntó Cindy.

-Lucy observó a Joaquín como alguien que estaba a punto de que se le caiga el mundo encima. Su corazón latía con tal fuerza que pensó que se le iba a salir del pecho. Parecía que, al fin, él se había dado cuenta de la farsa. ¿Qué otra cosa podía estar haciendo allí? ¿Sería tan cruel como para arruinar la boda de su hermana?

-Oh, no -murmuró Cindy-. Es Del Castillo ¿verdad?

Joaquín subió los escalones de dos en dos. -se quedó parado al ver a Lucy, tan pálida como la cera.

-Esto no puede ser. No puedes hacer esto... No lo permitiré.

-Por favor... vete -le rogó Cindy. Cuando habló, Joaquín se fijó en ella. Y volvió a mirar a Lucy, atónito.

-¿Qué demonios significa esto? ¿Sois gemelas?

-Sí. Yo soy Lucy...

-¡Ya sé que eres Lucy! -la interrumpió-. ¿Crees que no te conozco?

-Lo que mi hermana está intentando decir es que yo soy quien tiene la deuda con Fidelio Páez -explicó Cindy-. Yo soy quien se casó con Mario y quien persuadió a Lucy para que fuera a Guatemala en mi lugar. Ella no quería hacerlo, pero no la permití que se negase. Me aproveché de ella...

-¿Quién de las dos se va a casar? -la interrumpió Joaquín.

-Yo -contestó Cindy.

Joaquín se quedó en silencio durante unos segundos.

-Disfruta del día de tu boda, Cindy.

-Gracias -dijo ella.

Solo entonces Lucy se dio cuenta de que Joaquín había pensado que era ella la que se casaba.

-Me has mentido -dijo Joaquín entonces, mirándola. El mundo había dejado de girar para Lucy. Nada importaba. Solo el silencio que los envolvía-. Creí que eras tú quien iba a casarse hoy. Cada palabra que me has dicho era una mentira. No hay un sólo momento entre nosotros que no sea una farsa.

Lucy hizo un movimiento con la mano, como si quisiera tocarlo, pero la furia de Joaquín era una barrera demasiado potente.

-No. No lo ha sido -intentó protestar.

-Ni siquiera sé cómo te llamas...

-Lucille Fabian. Joaquín, por favor...

-Este no es el sitio adecuado. Mi presencia aquí no es bienvenida. Supongo que no querrás arruinar la boda de tu hermana -dijo Joaquín, y armó de darse la vuelta.

-Si -Lucy se había sentido mareada hasta entonces, en aquel momento sintió que se le caía el mundo encima. Después de unos segundos, salió sufriendo tras él.

-¡Ahí está el coche de Roger! -gritó alguien.

Antes de que Joaquín pudiera entrar en su coche, Lucy lo sujetó por la manga del traje.

-Lo siento.

Él la miró con aquellos ojos verdes, helados.

-Estás dando el espectáculo.

-Lucy se puso colorada. Cuando se dio la vuelta se percató de que todo el mundo estaba mirándolos.

Cindy se acercó y la tomó del brazo.

-Lo siento. No sabes cómo lo siento -juró.

-No iba a ninguna parte -dijo Lucy, intentando sonreír. Unos segundos después, se sintió peor cuando las puertas de la iglesia se abrieron y todo el mundo ocupó su lugar.

Joaquín Había ido a la iglesia, creyendo que ella era la novia. ¿Habría ido con idea de impedir la boda? «No voy a permitirlo», había dicho. Sus motivos daban igual. Lucy sabía que su vida con Joaquín del Castillo no tenía futuro. Pudo no haberle contado la verdad el día que fue al apartamento y se encontró con Roger había el golpe definitivo. Hasta el final se había mantenido leal a Cindy, pero ¿no

debería haberse sentido responsable del niño que esperaba? Asegurarse de que Joaquín la despreciaba no era un beneficio para su hijo.

A1 principio, hacerse pasar por Cindy había sido un juego. Una trampa para una joven que llevaba una vida aburrida. Y tampoco podía culpar a Cindy por haberla convencido de que tomase parte en aquella mascarada. Su gemela no sabía que Joaquín del Castillo había enviado los billetes para vengarse de una mujer a la que creía una buscavidas.

Y ella había temido contarle la verdad no solo por su hermana, sino porque...- se había enamorado de él. Solo cuando reconoció el absoluto desprecio de Joaquín se dio cuenta de lo inexcusable de su comportamiento. Como tanta gente, Joaquín del Castillo no soportaba a los mentirosos. Y Lucy no se había sentido más triste en toda su vida.

A las puertas de la iglesia, cuando el fotógrafo terminó su tarea, Roger se acercó.

-Tengo una sorpresa para ti -le dijo al oído.

Lucy se volvió, pero su cuñado y su hermana se dirigían al coche y solo cuando entró en el hotel donde iba a celebrarse el banquete, descubrió cuál era la sorpresa. La primera persona que vio nada más entrar en el salón era... Joaquín del Castillo.

Con el traje oscuro que resaltaba sus poderosos hombros y la camisa blanca que acentuaba el bronceado de su piel, estaba increíblemente guapo. Pero lo que más sorprendió a Lucy era que Roger estaba charlando con él con toda tranquilidad, como si fueran viejos amigos.

-Cuando Roger llegó a la iglesia, te vio en la puerta con Joaquín y antes, de que se fuera habló con él. Roger está intentando hacer de Cupido...es increíble.

-Si, bueno...-murmuró ella.

Lucy sabía por qué lo hacía. Roger conocía la noticia de su embarazo, algo que aún no le había contado a su hermana.

-Y no me lo ha contado hasta ahora, cuando oíamos en el coche -rió Cindy-. Los hombres son increíbles. Nosotras nos agobiamos por ellos y ellos se ponen a hablar de deportes.

Una de las damas de honor puso una copa en otra la mano de Lucy, y en ese momento, los brillantes ojos verdes de Joaquín se clavaron en ella.

-Esto es una sorpresa -murmuró Lucy - y él se acercó.

Joaquín levantó una ceja.

-¿Sí? Los problemas de Fidelio parece que han terminado, pero tu cuñado sabe de lo nuestro. Aunque quisiera, no puedo marcharme... nuestra situación.

-Lucy levantó la barbilla, mirándolo con sus ojos violeta.

-Puedes marcharte cuando quieras.

-De modo que era por el niño. ¿Qué podía ser? Pocos hombres querían verse comprometidos tras un simple revolcón. Al menos, estaba siendo sincero, se dijo a sí misma. Ella no había querido quedarse embarazada y él tampoco estaba interesado. De hecho, Lucy se sentía como una adolescente al pensar en el niño que estaba creciendo dentro de ella.

Joaquín tomó su mano e intentó llevarla aparte.

-Hablares más tarde -murmuró, sombrío. Después, le quitó la copa de la mano-. Creo recordar que no debes beber alcohol en tu situación.

-¿Quieres callarte, por favor?

-Disculpa. Pero en este momento no puedo pensar en otra cosa.

Lucy y Joaquín se dirigieron a la mesa. Cuando pasó a su lado, Cindy la tomó de la mano, con una sonrisa.

-Felicidades. Me alegro mucho por ti.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Lucy, sorprendida.

-Naturalmente, he informado a Roger de mis intenciones -dijo Joaquín.

-¿Qué intenciones? ¿Y por qué has hablado con Roger?

-Ya lo puedes imaginar. Roger es tu pariente masculino más cercano, de modo que era a él a quien debía decírselo -contestó Joaquín, como si fuera lo más natural del mundo-. Pero nunca antes me había percatado de la diferencia que hay entre tu cultura y la mía. Si Roger fuera de

Guatemala, no habría esperado a que fuera yo quien le diera explicaciones. Me habría exigido que me casara contigo, sencillamente.

-Joaquín... ¿qué estás diciendo?

-Que nos casaremos en cuanto sea posible. -¿Qué esperabas?

Capítulo 10

EN el mismo instante, Roger se levantó para hacer un discurso. Pero Lucy no podía dejar de mirar a Joaquín.

Era raro que una proposición que habría recibido con alegría unos días antes la llenase de humillación. En aquel momento entendía que Roger y él hubieran estado charlando tan amigablemente. Joaquín ni siquiera había pedido su mano. Sencillamente, decía que iban a casarse porque lo consideraba su obligación.

-No, gracias.

En ese momento, Roger estaba brindando por el compromiso de la hermana de Cindy y Lucy se puso colorada cuando todo el mundo los miró. Nadie parecía darse cuenta de su agonía.

-Vamos a bailar -dijo Joaquín cuando terminaron de comer.

-No quiero -contestó ella.

-Te estás comportando como Yolanda murmuró Joaquín, mirándola con desaprobación.

Lucy se puso colorada y tuvo que luchar contra la tentación de ponerse a llorar. Joaquín tiró de su brazo. Su aroma familiar hacía que el pulso de Lucy se acelerase. Le temblaban las piernas -mientras él la tomaba por la cintura.

-¿Me estás diciendo que no? -preguntó entonces Joaquín-. Si estuvieras en mi cama en este momento, la respuesta sería muy diferente, gatita.

-Eso es lo que tú crees...

-Lo sé. Tu deseo por mí es lo único sincero en ti.

-De acuerdo. Debería haberte contado la verdad mucho antes...

-Todo lo que me has contado han sido mentiras -la interrumpió él.

-Tenía miedo de que causaras un problema antes de la boda de mi hermana -se defendió ella.

-Pobre Lucy, sacrificándose por su hermana -dijo Joaquín, irónico-. ¿No es curioso que en vez de convertirte en mi amante estés a punto de convertirte en mi mujer?

-Lucy lo veía todo rojo. ¿Cuántos insultos iba a poder que soportar?

-No sería tu amante aunque me pagases.

-¿Es que esperabas compartir mi cama sin recibir nada a cambio? Yo esperaba pagar un precio, pero nunca habría imaginado que sería casarme contigo.

-¡Será posible...! -murmuró Lucy, soltándose con rabia.

En el cuarto de baño se lavó las manos con furia. ¿Cómo podía amar a aquel hombre? Joaquín seguía furioso con ella, pero eso no le daba derecho a insultarla... Lucy pensó en ese momento que quizá estaba haciendo el papel de hombre ofendido porque ¿cómo explicar si no que hubiera ido a buscarla a la iglesia? ¿Por qué había aceptado acudir al banquete? ¿Por qué le había dicho a Roger que pensaba casarse con ella?

Si sólo quisiera hacerla su amante, no habría hecho ninguna de esas cosas. Lucy se tocó el vientre. Amaba a aquel hombre y prefería ser su esposa a ser su amante, pero...

Cuando volvió a la mesa, vio a Joaquín hablando con Roger y Cindy. Era un hombre fascinante, tanto que pasara lo que pasara no podía negarse a sí misma la posibilidad de estar con él.

Cuando llegó el momento de cambiarse de ropa para ir al aeropuerto, Lucy subió a la habitación del hotel con su hermana.

-De modo que mi peor enemigo va a convertirse en mi cuñado -sonrió Cindy.

-No es tan sencillo. Voy a tener un niño -dijo Lucy por fin.

Cindy se quedó boquiabierta.

-Pero si tú eres la hermana juiciosa, la que nunca tiene problemas...

-También soy humana.

-Pero solo estuviste allí unas semanas...

-Tiempo suficiente -suspiró Lucy.

-Entonces, voy a ser tía -sonrió Cindy-. Bueno, supongo que Joaquín te habrá hablado del otro asunto.

-¿Qué otro asunto?

-Bueno, da igual. No es algo en lo que quiera pensar ahora -dijo su hermana, quitándose el vestido-. Pero te diré una cosa; Joaquín del Castillo es un hombre decente.

Diez minutos después, cuando la pareja había desaparecido, Lucy subió al Ferrari de Joaquín.

-Supongo que tenemos que hablar.

-No sé si es buena idea, querida. No estoy de humor.

-Pues entonces, es ridículo pensar que podemos casarnos.

-Tengo una obligación y pienso cumplirla. Nos casaremos dentro de tres días.

-¿Tres días? -repitió Lucy, incrédula.

-Si no consigo una licencia de matrimonio en Inglaterra, nos casaremos en Guatemala dijo Joaquín, conduciendo a gran velocidad-. Cuanto antes nos casemos, mejor. Si puedo evitar contarle esto a mi hermana, lo haré.

Lucy no había pensado en Yolanda. Pero un embarazo fuera del matrimonio no era precisamente el mejor ejemplo para una adolescente.

-Yo... podría irme a algún sitio. Quiero decir, que no tiene por qué saberlo...

-No seas tonta -la interrumpió él-. Un hijo no puede esconderse para siempre. O quizá estás pensando que el niño no debería nacer. Lo siento mucho, pero no voy a permitírtelo.

Lucy se quedó pálida.

-Yo también deseo tenerlo.

-Entonces, ¿por qué estás discutiendo?

Lucy cerró los ojos. ¿Qué iba a hacer?, se preguntaba. ¿Casarse con él y esperar que algún día ocurriera un milagro?

-¿Por qué no me dices que estás enfadado conmigo por haberme hecho pasar por Cindy? Entiendo que lo estés y...

Joaquín no dijo nada. Lucy estaba embarazada y ese era un problema que había que solucionar. ¿Sentía algo por ella, además de indignación?

Cuando Lucy se despertó y miró alrededor se dio cuenta de que estaba en un dormitorio desconocido y muy masculino. La luz de la mesilla se reflejaba sobre una corbata tirada sobre un sillón. Lo último que recordaba era estar en el coche...

Lucy miró su reloj. Era casi medianoche. Cuando se incorporaba, Joaquín entró en la habitación.

-Tu hermana no eligió ese vestido. Es demasiado elegante -murmuró él. Lucy se puso colorada. Era cierto. Cindy había elegido la tela, pero el diseño era de la madre de Roger-. Mírate, eres la viva imagen de la inocencia victoriana. En Guatemala, solo llevabas vestidos escotados, cortos y provocativos...

-Considerando cómo viste tu propia hermana...

-Pero sólo en casa. Y para molestarme -la interrumpió él-. Yo te miraba y veía claro el mensaje que enviabas.

-¿Qué mensaje?

-Que estabas disponible, que querías que te deseara -contestó Joaquín-. Me equivoqué, ¿verdad?

Lucy dejó caer la cabeza. Cindy adoraba ser el centro de atención de los hombres, pero ella no.

-La ropa era de mi hermana.

-Ya lo sé. Yo solo quería pasar una noche contigo y...

-No quiero hablar de eso -lo interrumpió Lucy.

-Nunca he llevado una mujer a mi casa. Es la casa de mi familia. Pero el deseo me hizo olvidar los principios. Y me hizo olvidar también tomar precauciones.

-Lo entiendo -murmuró ella.

-¿Lo entiendes? Mi deseo era más fuerte que cualquier otra consideración -confesó Joaquín-. Y ahora tenemos que pagar el precio.

Lucy tuvo que contener las lágrimas.

-No tiene por qué ser así, Joaquín.

-¿Crees que soy un niño? ¿Crees que no conozco mis obligaciones? -rió él, con amargura-. He pasado toda la tarde pensando en lo que esto va a costarme, ahora deja que busque algo bueno en la situación.

-¿Qué quieres decir?

-Te tendré en mi cama cuando quiera. Tendré un hijo y también tendré alguien que cuide de mi hermana. A Yolanda le caes muy bien.

Lucy se quedó helada cuando él la levantó de la cama. Creyó que iba a besarla, pero lo que estaba haciendo era sacarla de la habitación.

-Esto no tiene nada que ver con Yolanda... -empezó a decir ella.

-Es todo lo que puedo ofrecerte, querida. Yo no cuento mentiras. Si no estuvieras embarazada, no estarías aquí -dijo Joaquín, abriendo una puerta al otro lado del pasillo.

-Pero yo no puedo vivir así.

-Lo siento, pero yo sé lo que está bien y lo que está mal y lo que tú hiciste está muy mal, Lucy. No esperes comprensión por mi parte.

Joaquín la dejó sobre la cama y se quedó mirándola durante unos segundos.

-Buenas noches, Lucy.

Ella se quedó mirando al techo hasta que sus ojos se nublaron. Joaquín nunca podría perdonarla, nunca podría amarla. No podía casarse con él. Era imposible.

Lucy estuvo dando vueltas durante toda la noche, pensando. Al final decidió que debía casarse con Joaquín. Primero, por el niño, que se merecía una familia. Tendría que ser paciente con Joaquín; con el tiempo quizá él la vena de otra forma. No la amaba, pero nadie lo tenía todo y Lucy estaba dispuesta a comprometerse.

Cuando bajó la escalera por la mañana, no pudo dejar de notar la ausencia de decoraciones navideñas. Probablemente, Joaquín y su hermana pasaban las navidades en Guatemala.

Joaquín bajó el periódico al verla entrar. Aún con el vestido de dama de honor, Lucy se sintió un poco ridícula.

-Tendremos la licencia de matrimonio pasado mañana. Supongo que mi condición de diplomático ha ayudado -dijo él, levantándose de la silla.

-Aún no he dicho que vaya a casarme contigo.

-¿Vas a casarte conmigo o no? -preguntó él, irónico.

-Sí -contestó ella, poniéndose colorada.

-No lo he dudado ni un segundo, querida - murmuró Joaquín-. Necesito una copia de tu partida de nacimiento. Y sugiero que te mudes aquí hoy mismo. Yolanda volverá mañana por la tarde del colegio y me gustaría que estuvieras con ella.

-¿Tú vas a marcharte?

-Tengo que irme a París y volveré mañana por la noche -contestó él, saliendo de la habitación.

-¿Te vas?

Sin contestar, Joaquín la besó de una forma tan inesperada que Lucy emitió un gemido de sorpresa. Fue un beso devorador que la dejó sin aliento. La embestida de su lengua envió una comente eléctrica por todo su cuerpo y cuando él se apartó a Lucy le pareció un castigo.

-Casi se me olvida -murmuró él, con voz ronca-. El anillo...

Intentado recuperarse de la caricia, Lucy vio que él tomaba una cajita de la mesa.

-¿Anillo?

-Un anillo de compromiso, por supuesto -dijo Joaquín, mirando su reloj como si tuviera mucha prisa-. Mi hermana esperará que lo lleves. Llévala contigo cuando vayas a comprar el vestido de novia.

-¿Un vestido de novia? -repitió Lucy, como hipnotizada-. Podría ponerme este...

-Mi esposa nunca llevará un vestido usado a su boda -la interrumpió él-. Que sea un vestido blanco, tradicional.

-¿Alguna cosa más? -preguntó Lucy, harta de su actitud.

Joaquín miró la pared durante unos segundos.

-Un velo y un ramo de lirios. Haré que envíen las joyas de mi madre por valija diplomática. Y no te hagas un moño -ordenó. Lucy escuchaba los detalles de su atuendo con la boca abierta-. Grabaremos la boda para mostrar la película a los amigos cuando volvamos a Guatemala.

-¿Vamos a pasar las navidades en Guatemala? -preguntó ella.

-Por supuesto.

Después de eso, Joaquín desapareció.

Todo aquello era por los demás, para guardar las apariencias. Joaquín lo tenía todo pensado. Cuando Lucy abrió la cajita, se quedó sin aliento al ver el anillo de diamantes en forma de flor. Era exquisito y muy original. Un anillo de compromiso. <Mi hermana esperará que lo lleves». Eso era como una puñalada en el corazón. Era irónico que Joaquín la condenara por haberle mentado y que, sin embargo, esperase que siguiera con la charada convirtiéndose en su esposa.

Capítulo 11

PARA ser un vestido barato, es muy bonito -dijo Yolanda cuarenta y ocho horas después, cuando Lucy se puso el vestido de novia.

-Pero si me ha costado muy caro.

-Lucy... vas a convertirte en una Del Castillo. Cualquier vestido que no haya sido diseñado especialmente para ti, es barato.

Pero seguía siendo un sueño de vestido. Y Lucy había tenido una suerte enorme. Era un vestido blanco de manga larga con un corpiño bordado en perlas.

-Qué bien que Joaquín esté deseando casarse contigo -sonrió Yolanda, ayudando a Lucy a colocarse la tiara-. Pero no lo entiendo. Cada vez que yo intentaba hablar de ti, él cambiaba de tema. Supongo que eso quiere decir que cuando un chico se enamora, no quiere hablar de ello.

-Supongo que así es -murmuró Lucy, sin saber qué decir.

No había visto a Joaquín desde que se marchó a París. Había vuelto muy tarde la noche anterior. Por la mañana Yolanda le había dado una charla, diciendo que no podía bajar a desayunar porque daba mala suerte ver al novio antes de la boda.

Después de la ceremonia, Yolanda iría a pasar unos días con una amiga. Su hermano y ella habían llegado a un acuerdo sobre su futuro. Yolanda pasaría la semana en el colegio y volvería a casa los fines de semana. Cuando terminase el curso, completaría su educación en Guatemala.

Una limusina llevó a Yolanda y Lucy hasta una pequeña iglesia a las afueras de Londres. Lucy no se lo podía creer cuando vio en la puerta de la iglesia un montón de cámaras.

-Esto saldrá en la televisión en Guatemala -sonrió Yolanda.

Toda la ceremonia fue grabada, pero Lucy solo veía a Joaquín. Desde que él entró en la iglesia, toda su atención estaba centrada en ella. Joaquín llevaba un soberbio traje gris y estaba tan guapo como siempre. Desde que los ojos verdes del hombre se clavaron en ella, Lucy sintió que la felicidad la embargaba. Y no podía pensar en nada más.

Al terminar la ceremonia, con el anillo en el dedo, Lucy volvió a la limusina del brazo de su marido.

-Estás muy guapa, querida.

-Yolanda dice que es un vestido barato.

Joaquín sonrió.

-Los términos son relativos en lo que se refiere a dinero.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Lucy entonces, llevándose una mano a la boca-. ¿Puedo usar tu teléfono?

-¿Qué ocurre?

-Debía empezar a trabajar hoy y he olvidado llamar por teléfono -contestó ella. Mientras Lucy llamaba a información para pedir el número y después daba toda clase de explicaciones al gerente de la tienda, Joaquín la miraba sorprendido.

-¿Por qué me miras así?

-Es el día de nuestra boda. Me sorprende que te molestes en llamar para decir que no vas a ir a trabajar.

-No me gusta defraudar a nadie.

Las facciones de Joaquín se endurecieron.

-Es una pena que no hayas tenido la misma consideración conmigo.

-Si estás hablando de que me hiciera pasar por Cindy, eso fue completamente diferente.

-¿Diferente? Desde luego que sí -murmuró él.

-Pero podría haberte contado la verdad sino hubieras sido tan desagradable. Decías unas cosas tan horribles de mi hermana que...

-¿Esa es tu excusa? -la interrumpió él-. Estaba muy enfadado por lo que le había hecho a Fidelio.

-Cindy no quería hacer sufrir a nadie. Ella creía de verdad que Fidelio era un hombre muy rico.

-Su comportamiento sigue siendo inaceptable.

-Es mi hermana y la quiero mucho. Con defectos y todo -dijo Lucy, levantando la barbilla-. La gente cambia, Joaquín. Encontrar la felicidad con Roger ha cambiado a mi hermana y espero que no lo pierda nunca.

-Ya. Pero no te importa nada lo que yo piense de ti.

-Eso no es verdad.

- ¡Te dije que te habías comportado como una cualquiera y tú no te defendiste! -le espetó él, furioso-. Me mentiste. Incluso la noche que hicimos el amor, estabas mintiendo. Pero lo peor de todo, me hiciste creer que te acostabas con dos hombres y no sabías de quién era tu hijo.

Lucy se quedó mirándolo, sin entender cómo seguía tan furioso, cómo no había entendido que ella no podía hacer otra cosa.

-Yo podría haberme marchado para siempre. Podría haberte abandonado. Pero a ti no te importaba.

-Yo... me habría puesto en contacto contigo.

-¿Cómo? ¿Crees que habría aceptado tus llamadas? Una mujer que me hace creer que se acuesta con dos hombres no es una mujer que pueda ser mi esposa. Solo espero que seas más responsable con nuestro hijo de lo que lo has sido conmigo.

Después de eso, Joaquín le dijo algo al conductor en español y el hombre paró la limusina.

-Joaquín, ¿dónde vas? -preguntó Lucy cuando él salió del coche.

-Necesito un poco de aire fresco -contestó Joaquín.

Unos segundos después, el conductor volvió a arrancar y Joaquín desapareció entre la multitud. Lucy miró su reloj. Llevaban media hora casados y su marido había desaparecido. Tenía que contener las lágrimas, tenía que hacer un esfuerzo, se decía.

No había excusa para haber dejado creer a Joaquín durante dos días que Roger era su amante, sobre todo estando embarazada. Había seguido pensando que lo más importante era Cindy, pero esa no era justificación. No había pensado en el sufrimiento de Joaquín.

Cuando volvió a la casa, estaba demasiado triste como para preocuparse porque su marido la había abandonado poco después de casarse. Joaquín seguía furioso con ella y Lucy lo entendía. ¿Cómo podía haber tratado al hombre que amaba de esa forma? ¿Cómo podía haberse olvidado por completo de sus sentimientos?

Quizá Joaquín se había dado cuenta de que no podía seguir casado con ella, quizá la despreciaba de tal modo... Angustiada, Lucy decidió hacer algo para olvidarse de aquello.

El árbol de Navidad que había comprado el día anterior estaba colocado en el salón y decidió adornarlo. Aquel árbol le llevaba recuerdos de su infancia, cuando Cindy y ella vivían felices con sus padres. El mayordomo había dejado en el salón un montón de cajas con adornos y Lucy descubrió que eran antigüedades, quizá los adornos que los padres de Joaquín solían usar cuando pasaban las navidades en Inglaterra.

Sin quitarse el vestido de novia, Lucy se puso un mandil por encima y empezó a decorar el árbol. Su entusiasmo aumentaba a medida que abría las cajas. Estaba sobre una silla colocando un exótico pájaro de colores cuando la puerta se abrió y Joaquín apareció en el salón con un paquetito en las manos. Ella se quedó paralizada y él también.

-¡Madre mía! -exclamó, tomándola por la cintura y dejándola en el suelo, como si hubiera estado a punto de caerse por un precipicio-. ¿Estás loca? Los criados deberían hacer esto.

Lucy lo miró, aliviada. No iba a dejarla. No iba a despreciarla.

-Me encanta decorar el árbol y...

-¿El día de tu boda?

-Necesitaba hacer algo. Y tú no estabas conmigo -contestó ella-. Antes de que digas nada más, quiero explicarte algo, Joaquín. Sé que debería haberte dicho quién era cuando viste a Roger, pero no pude hacerlo. Supongo que tenía tanto miedo de que arruinases la boda de mi hermana que...

Joaquín la tomó de la mano.

-Déjalo.

-No quiero -protestó ella-. Si tú no hubieras ido a la iglesia, te juro que yo habría ido a buscarte para darte una explicación.

-No debería harte dejado sola el día de tu boda -murmuró él-. Pero tenía miedo de seguir haciéndote daño.

-Yo debería haber pensado en tus sentimientos, lo sé.

-El día que vi a Roger en tu casa, fue como si me clavaras un cuchillo en el corazón -admitió Joaquín-. Y cuando pensé que ibas a casarte con él... Fui a la iglesia con el propósito de evitarlo a toda costa.

-Joaquín, no sabes cómo siento todo esto. Toda esta maraña de mentiras que...

-La preocupación por tu hermana es comprensible -la interrumpió él-. Y yo me porté como una bestia en Guatemala. Estaba tan enfadado con Cindy... Pero nunca habría llevado adelante mi amenaza. Nunca le haría daño a nadie.

-Yo debería haber sabido eso -suspiró Lucy.

-¿Cómo? Desde que te vi, me volví loco por ti. Y eso me ponía furioso. Pero mi rabia no es excusa para haberte tratado como lo hice. Aunque creyera que eras una buscavidas.

-Yo estaba tan sorprendida... -empezó a decir Lucy.

-Lo sé. En realidad, también yo me sorprendí a mí mismo. Nunca me he portado así con nadie.

Para Lucy oír aquello era como un bálsamo que curaba su corazón. Cuando lo miró, no pudo evitar una sonrisa.

-Me alegro tanto de que hayas vuelto a casa. Creí que te habías ido a Guatemala.

-Tengo demasiado temperamento, gatita - confesó Joaquín, mirándola con una intensidad que la quemaba por dentro.

Lucy se quitó el mandil y miró sus manos.

-Tengo que lavarme. Estoy llena de polvo -murmuró, abriendo la puerta del salón.

-Te pido disculpas por todo lo que te he hecho, Lucy -dijo él, tomando su mano y besando la palma con fuerza, sin importarle el polvo.

-A Lucy le temblaban las rodillas.

-Me encantan tus ojos -se oyó decir a sí misma.

-Solías decirme eso cuando estabas enferma -sonrió él.

Lucy prácticamente salió corriendo por el pasillo y subió a su habitación para lavarse las manos.

-Eres muy, tímida, querida -escuchó la voz- de Joaquín tras ella-. Ahora me doy cuenta de que eres muy mala actriz. Me decía a mí mismo que te estabas haciendo la ingenua, pero lo eres de verdad. Me he equivocado tanto contigo... Deberías haberme enviado al infierno.

-Yo no quería hacer eso.

-Eras virgen...

Lucy apartó la mirada, avergonzada.

-Sí.

-Si lo hubiera sabido, habría esperado hasta nuestra noche de boda.

-Joaquín, es mejor que no hablemos de ello.

-Ha sido culpa mía. Fui demasiado orgulloso como para aceptar que podía estar enamorado de una mujer que era lo opuesto a mi ideal confesó Joaquín.

-¿Enamorado? -repitió ella, incrédula.

-Por eso fui a buscarte a la iglesia. Cuando me di cuenta de que podía perderte, eso era lo único que me importaba. No que te hubieras acostado con otro hombre, ni siquiera el hijo que esperabas... yo sólo quería que fueras mía.

-Oh, Joaquín -murmuró Lucy, con los ojos llenos de lágrimas-. No puedo creer que me quieras...

-¿No lo sabías? -sonrió él-. Estaba tan furioso contigo que casi permito que mi orgullo nos destruya a los dos.

-Tenías razón para estar furioso...

-Quería castigarte por haberme engañado. Y, sin embargo, cada vez que pensaba en ti, sabía en mi corazón que eras una mujer sincera.

-Joaquín... yo también te quiero -murmuró Lucy, emocionada.

Joaquín la miró entonces con una mirada nueva, una mirada llena de ternura que encogió el corazón de Lucy. No dijo nada. No hacía falta decir nada. Joaquín la tomó entre sus brazos y la besó con una pasión que la dejó sin aliento.

Después, le quitó el vestido de novia a toda prisa y se desnudó frente a Lucy, clavando en ella sus ojos verdes enfebrecidos. Se amaron con pasión y con ternura y más tarde, Lucy reconoció que nunca se había sentido más feliz en toda su vida. Y esa sensación aumentaba al saber que Joaquín sentía exactamente lo mismo.

-Hay algo que debo decirte. Yo le daré personalmente el dinero a Fidelio, pero él no sabrá nunca que no se lo ha devuelto tu hermana.

Lucy se quedó desconcertada.

-Roger discutió conmigo, pero he insistido en que eso sería mi regalo de boda para ellos.

-Pero, ¿por qué?

-Ahora sé que tanto Fidelio como Cindy -fueron víctimas. Si Mario no hubiera muerto, nada de esto habría ocurrido -suspiró Joaquín-. Pero Mario estaba usando mi habitación en el hotel cuando conoció a tu hermana y se hizo pasar por un rico hacendado para impresionar a Cindy -añadió.

Lucy asintió. Todo el mundo cometía errores, -pensó. Y aquel había podido solucionarse al fin.

-No me parece buena idea que Roger y Cindy empiecen su vida de casados con una deuda tan grande.

-Es muy generoso por tu parte -dijo Lucy.
-Significa poco para mí, pero mucho para ellos.
-Ahora te quiero diez veces más que antes -sonrió ella.
Joaquín dejó caer la cabeza sobre la almohada, sonriendo.
-Fidelio también saldrá ganando con esta situación. Invitaré a Roger y Cindy a Guatemala y eso le hará muy feliz.
-Eres estupendo.
-Ya te he dicho que estás hecha para mí sonrió Joaquín-. A los latinoamericanos nos gusta que las mujeres nos admiren.
Mucho más tarde, cenaron a la luz de las velas y Lucy abrió el paquete que él había llevado. Era un ángel de cristal.
-Lo vi en un escaparate y me hizo pensar en ti -confesó Joaquín.

- ¿Un ángel?
-De cristal. Puedo ver a través de él, como puedo ver tu corazón.
Después de cenar, siguieron decorando el árbol mientras compartían anécdotas de su infancia. Joaquín le contó que a su madre, que había muerto cuando él tenía diez años, le encantaba pasar las navidades en Londres y que tras su muerte las fiestas no habían vuelto a ser lo mismo. Lucy le contó que para ella, tras el divorcio de sus padres y la separación de su hermana, la vida había sido muy diferente.
-Mi madre dejó de tener interés por todo cuando mi padre se marchó. Echaba de menos esas navidades felices.
-Si quieres poner luces por toda la casa, puedes hacerlo, gatita -dijo Joaquín, abrazándola-. Yolanda dirá que todo esto es cosa de niños, pero en el fondo le encanta.
-Pero se había equivocado. Cuando Yolanda estuvo en la casa, empezó a lanzar gritos de alegría al ver el árbol.
-¡Es precioso! ¿Vamos a cenar pavo como los ingleses? ¿Puedo abrir mis regalos?
-No, tendrás que esperar hasta mañana – dijo Joaquín.

El día de Navidad, Yolanda abrió una innumerable cantidad de regalos y después se metió en habitación para hablar por teléfono con sus amigas.

-El próximo año celebraremos la Navidad con la llegada de nuestro hijo -susurró Joaquín.
-Sí -sonrió Lucy.
-A muchas mujeres no les gustaría tener una adolescente cerca durante su luna de miel. Pero a ti no te importa, ¿verdad? Lucy sonrió.
-Me gusta saber que soy parte de una familia.
Joaquín la besó hasta dejarla sin aire y su corazón saltó de alegría en su pecho. Pero en ese momento recordó que debían ir a misa.
-Joaquín, se nos había olvidado que hoy es el día de Navidad. Tenemos que ir a la iglesia.
-No sé si Yolanda tendrá ganas de ir. Me parece que estas son demasiadas tradiciones para ella.
En el piso de arriba, Yolanda estaba hablando con sus amigas.
-No te puedes imaginar lo tontos que están. Joaquín parece embobado, de verdad. Y ella, igual. Te lo digo en serio, no sé si voy a poder soportarlo.
-¡Yolanda! -gritó Joaquín desde el pasillo.

Una semana antes de Navidad, casi un año después, Lucy colocaba a su hijo en la cuna instalada en el salón de la casa de Londres.

Cindy y Roger iban a ir a visitarlos aquella tarde. Lucy llevaba un vestido azul, el color favorito de su marido y sonrió, recordando cómo le había dicho lo que debía llevar el día de su boda. Había sido una tonta al no darse cuenta de que un hombre así tenía que ser un romántico a la fuerza.

Jaime Enrique del Castillo bostezó para llamar la atención de su madre. Tenía el pelo negro y los ojos azules y era el niño más tranquilo del mundo. Pero su hijo no tenía razones para no ser un niño tranquilo y feliz. Era la persona más importante de la casa y recibía una increíble cantidades de atenciones por parte de sus padres, su tía y todos los demás.

Yolanda estaba estudiando arte en Londres y fin parecía más decidida a estudiar que a comprarse ropa. Estaba empezando a hacerse adulta y Lucy había tenido mucho que ver en ese cambio.

Había sido un año maravilloso y no podría ser feliz. Después de la boda, Joaquín la había llevado de luna de miel a las ruinas mayas y había sido un viaje extraordinario. Lucy estaba aprendiendo mucho sobre arqueología y Joaquín convencido de haber encontrado su alma gemela.

Cindy y Roger habían estado en Guatemala y habían sido invitados a visitar la casa de Fidelio. El anciano había recibido a Cindy con los brazos abiertos.

Lucy miró a su hijo con amor. Era la mujer feliz del mundo. Joaquín entró en ese momento, guapísimo con un traje de color beige. Jaime alargó una manita a su padre y Joaquín se deshizo en besos y abrazos con su hijo.

El año que viene estará corriendo por toda la casa. Mira cómo sujeta el sonajero. Tiene mucha fuerza ¿verdad?

-Claro -sonrió Lucy. Te estás riendo de mí. No, tonto. Jaime es tan fuerte como tú.

Joaquín la tomó por la cintura y la besó en los labios, con la misma pasión con la que la besaba todos los días de su vida.

-Te adoro, querida.

-Sí -murmuró Lucy.

-Sí -confirmó Joaquín.

Jaime, que no tenía ni idea de ser una carabina en ese momento, se quedó dormido y dejó a sus padres tranquilos.